



Thierry Jonquet



La bella y la bestia

THIERRY JONQUET

LA BESTIA Y LA BELLA

Thierry Jonquet



La bella y la bestia

Para Solange



Índice

RESUMEN.....	5
Prólogo.....	6
LA BESTIA 7	
EL PALACIO 37	
LA BELLA 67	



RESUMEN

Un profesor y la desaparición de su esposa, un amigo que conoce muchos secretos de la pareja, un comisario cansado de su trabajo... y de fondo una barriada cualquiera, con sus tiendas (Carrefour incluido) y sus vecinos, con el aire de lo cotidiano. Y la demostración palpable de que debajo de las apariencias de normalidad puede esconderse el verdadero horror, no el del psicópata que blande un hacha sino el del vecino callado y tranquilo que guarda en su casa sus más íntimos y oscuros secretos.



Prólogo

Erase una vez, en un frondoso bosque, un Palacio maravilloso habitado por una Bestia enamorada de una Bella. Y ese Palacio, el más maravilloso que imaginar se pueda...

¡¡¡A-L-T-O!!!

No sucedió ex-ac-ta-men-te como en la historia. ¡Más bien todo lo contrario! Ciertamente hay:

- 1) una Bestia,
- 2) un Palacio,
- 3) una Bella...

Pero los trenes surcan el bosque, aplastan las colinas, arrasan la maleza. La Bella coquetea, la Bestia se carcajea. ¿El Palacio? ¡De eso mejor no hablar!

Todo estaba preparado para que resultara un hermoso cuento. Pero la historia se lió un poco al añadir un paje, una bruja y un carnicero. Cuando no hay huelga, el Hada Electricidad ilumina el Palacio, la Bella cotiza a la Seguridad Social y la Bestia mejor haría apuntándose a la Sociedad Protectora de Animales.

Todo se va a la mierda.

Thierry Jonquet



La bella y la bestia

LA BESTIA



Diez de enero...

Las cuerdas crujían al rozar con la madera del pequeño ataúd. Los dos empleados municipales, uno a cada lado del foso, izaban la carga al unísono. Después de dos o tres movimientos dejaron el féretro en el suelo, cerca de la lápida de granito.

—¿Y ahora? —preguntó uno de los empleados. Se limpió la frente con la manga, tras echarse la gorra hacia atrás.

Rolland Gabelou quedó en suspenso. No miraba la tumba abierta, la tierra removida ni las cruces de las otras sepulturas de alrededor. El cementerio, minúsculo, estaba situado en un acantilado sobre el mar. Gabelou observaba el oleaje, el vuelo de las gaviotas sobre las olas y aspiraba el olor del mar.

—¿Y ahora, comisario? —insistió el empleado que parecía ser el jefe.

Gabelou se volvió. El forense se había resguardado del frío en su coche, a la entrada del cementerio. Gabelou le hizo un gesto para que se acercara. Luego se dirigió al subinspector, que también había asistido a la apertura de la tumba.

—Pónganlo ahí... —dijo el policía, señalando un cobertizo de ladrillos rojos adosado al muro del recinto que separaba las sepulturas de las primeras casas del pueblo. Era una especie de chabola en la que los empleados del servicio de limpieza guardaban sus trastos.

Los dos enterradores colocaron el ataúd en una carretilla y la empujaron hacia la cabaña. La rueda de la carretilla, con su llanta de hierro medio oxidado, rechinaba sobre la grava. En los caminos del cementerio la hierba estaba todavía cubierta de escarcha blanca.

El forense, muerto de frío, esperaba con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Había venido de París en coche con Gabelou; pero en las tres horas que duró el viaje apenas intercambiaron dos palabras.

Los sepultureros colocaron el ataúd sobre dos caballetes y empezaron a desatornillar la tapa. Gabelou se dirigió entonces a un joven que esperaba en compañía del subinspector.

—¿Sigue insistiendo en quedarse? —le preguntó.

El joven asintió con la cabeza. La mañana estaba resultando un auténtico martirio para él... Tenía veinticinco años escasos y era el hermano de la víctima.

—No diga víctima, todavía no sabemos nada... —le había dicho Gabelou, refunfuñando, cuando se presentó en su despacho la víspera.

—Sí... —respondió el joven—, quiero quedarme.

Gabelou se encogió de hombros. Sospechaba que los padres le habían presionado para que estuviera allí. Ellos no habrían tenido agallas.



—¡Le advierto... —suspiró Gabelou— que puede resultar desagradable!

—No... —murmuró el forense—. Hace menos de un mes, el féretro es de buena calidad y ¡mire la tierra!: no es arcillosa pero de todas formas es bastante impermeable...

—¿Sí? —dijo estúpidamente el joven, tragando saliva ruidosamente.

Además estaba el otro. El Rompehuevos. Se había quedado a la entrada del cementerio y se calentaba dando saltitos. Gabelou se puso nervioso al verlo pero no podía hacer nada. ¡Menuda sanguijuela! ¿Qué se creía?, pensó Gabelou, ¿que iban a hacer el paripé, a abrir otro ataúd? Y se había traído a algunos periodistas. Oh, no de primera, naturalmente; gacetilleros de tres al cuarto, de los que hacen su agosto escribiendo sucesos macabros... Dos o tres fotógrafos golpeaban el suelo con los pies ante la verja, cerrada y vigilada por policías. E, inevitablemente, la presencia de coches y cámaras fotográficas llamaron la atención de los curiosos. Primero los chavales —era miércoles—, luego algunas abuelas y finalmente el panadero, que hacía el reparto en una furgoneta, y el carnicero... Las miradas eran hostiles —no es muy cristiano abrir una tumba—, pero todo el mundo estaba tranquilo.

El Rompehuevos discutía con un policía. Gabelou había sido tajante. Ni hablar de dejarlo entrar. Se le entregaría una copia del informe de la autopsia, pero nada más...

El joven abandonó precipitadamente el cobertizo. Su color ahora tiraba a verdoso y se ocultó tras un montón de planchas cubiertas de nieve para vomitar.

—Ya está... —masculló Gabelou.

El forense se había quitado el abrigo y la chaqueta y trabajaba con las mangas de la camisa arremangadas y las manos enfundadas en finísimos guantes de goma.

—¿Y...? —preguntó Gabelou.

—Y nada... Embalsamaron al Chaval. Incluso si hubiera habido algo, ahora sólo encontraríamos algodón.

—¿Violencia sexual?

—Nada de nada. El colega que firmó el permiso para inhumar ya lo había comprobado por si acaso. Pero ¡mire qué trabajo...!

Gabelou se inclinó sobre el ataúd. La cara del niño no estaba nada deteriorada, la piel parecía todavía elástica. Los cabellos habían seguido creciendo después de la muerte y la lívida carita estaba coronada por una nube rubia. Por suerte habían vestido el cadáver con un simple camisón de puntillas, lo que facilitaba el trabajo.

El médico levantó la tela y examinó la piel del pecho ligeramente apergaminada; movió la cabeza.

—¿Nada? —insistió Gabelou.



—No. Bueno, sí, está la señal en la nalga derecha, pero ya constaba en el primer informe. Es de cuando resbaló por la escalerilla antes de caer al vacío.

—¿Y podría haber sido producida por una patada?

—Tendría que haber sido muy fuerte...

Levantó el cadáver por ese costado y Gabelou pudo distinguir una sombra más oscura entre los moretones que salpicaban toda la piel de la espalda y de las extremidades inferiores. Luego lo volvió a colocar como estaba. Gabelou observó la cara, los ojos cerrados, la expresión serena. El forense le dio unos golpecitos en la mejilla.

—Buen trabajo el de restauración, ¿eh? Pusieron refuerzos de goma para redondearlas...

—¿Y eso? —preguntó Gabelou señalando en la piel de los hombros dos estrías, una a la derecha y otra a la izquierda, que atravesaban perpendicularmente la clavícula. La epidermis estaba oscurecida y se agrietaba con toda claridad en ese lugar.

—No es nada, también constaba en el primer informe. Son los tirantes de la cartera: la llevaba a la espalda como una mochila y, cuando resbaló, la cartera quedó enganchada en la puerta, golpe en seco a sesenta por hora, no está mal. Una equimosis bien clara... ¿Cree usted que merece la pena continuar?

Le había levantado la cabeza con delicadeza y apartaba con la palma de la mano la masa de cabellos para dejar al descubierto el enorme agujero, en la parte de atrás del cráneo. También ahí el embalsamador había hecho un buen trabajo. Una gran pelota de espuma introducida en la caja craneana vacía restituía el volumen normal y reemplazaba todo el occipital e incluso parte de los parietales, aplastados en la caída, destrozados por la viga.

—Bueno, lo dejamos —dijo por fin Gabelou.

El forense lo volvió a colocar todo en su sitio y luego se lavó las manos, tiritando, en un grifo del que salía un agua helada. Una ráfaga de viento hizo llegar salpicaduras de espuma del jabón a la tapa del féretro que los dos enterradores estaban atornillando.

El joven esperaba fuera. Interrogó con la mirada a Gabelou, éste negó con la cabeza. No..., no había nada nuevo.

—Dígalas a sus padres que olviden todo esto..., se atormentan sin motivo. Resbaló por la escalerilla del tren, eso es todo. Un accidente de chavales, es triste, pero aunque volviéramos a abrir el féretro cien veces no encontraríamos nada, y eso no va a devolverle la vida al pequeño, ¿eh? ¿Regresa inmediatamente a París?

—No, hoy me quedo; pasaré la noche aquí, en casa de mi tía abuela.



Gabelou vio cómo se alejaba, la espalda encorvada. Sintió lástima. La táctica de la Compañía resultaba clara como el agua: el Rompehuevos, que no había encontrado nada en el caso del Dependiente de carnicería ni en el de la Vieja, se ensañaba persistentemente con la familia del Chaval. Gente modesta: el padre era encargado en la fábrica Citroën. Cuando llegó el Rompehuevos lo miraron de reojo. Luego lo pensaron... La cantidad que ofrecía no era nada del otro mundo, pero habían tenido que pagar todo el material escolar de las dos hermanas, una caja de herramientas nueva para el hermano que estaba de aprendiz, los impuestos, y encima el mayor, el que estaba en el cementerio, acababa de perder el trabajo... Y habían delegado en el mayor para asistir a «eso»... El Rompehuevos, sin duda, se había frotado las manos con esa pequeña victoria.

Esperaba delante de la verja, cuando Gabelou salió del cementerio acompañado por el forense. Agarró al comisario por la manga y le miró inquisitivamente.

—Váyase a la mierda... —escupió Gabelou—. No hay nada. Deje en paz a esa pobre gente, no les caliente la cabeza.

Luego Gabelou se alejó. Caminó hacia la plaza del pueblo, un pequeño poblado cerca de Etretat. El forense tenía hambre y Gabelou también sentía un pequeño vacío en el estómago. Se sentaron uno al lado del otro en la única cervecería del lugar, frente al Ayuntamiento, y pidieron un copioso almuerzo regado con sidra para hacer los honores al ambiente local.

Gabelou estuvo de vuelta en la comisaría de París a media tarde. Se dirigió sin detenerse a su despacho y mandó escribir un breve resumen del informe de la autopsia, adelantando las conclusiones que el forense le comunicaría por vía oficial poco más tarde.

Luego exhaló un sonoro suspiro. Gabelou era un hombre corpulento. Andaba cerca de los sesenta años; había conseguido el grado de comisario cinco años antes, puesto al que había ido ascendiendo poco a poco tras unos penosos inicios en el Cuerpo, y no había olvidado las patrullas en bicicleta y de uniforme de los años de posguerra. Pero eso ya había pasado. Su nombre siempre provocaba gestos de extrañeza en los curiosos.

—¿Gabelou?, ¿como las gabelas que se pagan al Estado?

—Sí, exactamente —respondía—. No es raro, ¿verdad?, que con semejante nombre sea policía, ¿eh?

A las cuatro tenía una cita con el comisario de Altay-II. A la ciudad vieja la llamaban Altay-I. Un gran pueblo de extrarradio, una nube de edificios de piedra entre los que paseaban abuelas con gato y funcionarios jubilados.

Altay-II no se parecía en nada a su predecesora. Antiguos campos de trigo erizados por inmuebles ya viejos dispuestos al tresbolillo en torno al centro comercial Carrefour, rodeados por el ferrocarril y ocupados en un ochenta por ciento por familias cuyo elemento masculino trabajaba en la fábrica Citroën... Gabelou había



ido a dar una vuelta por allí el domingo anterior. El colegio prefabricado, el centro cultural desierto, la cafetería del supermercado tomada por jóvenes ociosos en paro, pandillas de chavales jugando al fútbol en los aparcamientos subterráneos...: un panorama desalentador.

A Gabelou le importaba un bledo. No era un trabajador social. Su casa de campo, al pie de Ventoux, era diferente. Nadie pretende que un poli de sesenta años arregle el mundo. No hay que confundir los papeles.

Anunciaron al comisario de Altay-II. Un joven de traje y gabardina oscura.

Se comía las uñas y paseaba nervioso por el pasillo. Gabelou lo puso al hilo inmediatamente.

—No se queme la sangre, amigo, no le van a colgar la medalla al mérito por esto...

Había firmado el permiso de inhumación sin preocuparse demasiado por los detalles. El importe de la diligencia mortuoria reglamentaria, fijado desde hacía un mes en setenta francos de acuerdo con el alcalde, iba a parar a su bolsillo. Cuando lo de la Vieja, el Chaval y el Dependiente no se había desplazado: le había encargado a un tímido suboficial que se ocupara de la tarea a cambio de algunos apaños en los permisos. Teóricamente no debería ser así, pero entre los delincuentes, los accidentes callejeros, los robos... y los permisos de inhumación andaba de cabeza: por desgracia las responsabilidades se diluyen. Gabelou tenía ante sí los tres pliegos de incriminaciones.

—¿Ha encontrado algo esta mañana? —preguntó el tipo de Altay, que estaba al corriente de las gestiones de Gabelou.

—No..., por el momento, nada.

—Es absurdo, no irá usted a dar crédito a los desatinos de un loco...

—Yo, no... —suspiró Gabelou—. Pero otros sí. Los periódicos y la compañía de seguros del carnicero que inició el pleito. Si es un asesinato, no quieren pagar. ¿Lo conoce usted?

—¿Al carnicero? Sí... Es el único decente, mi mujer compra allí.

—¿Y la Vieja?

—Entraron en su casa a robar el año pasado y la vi en un careo con los sospechosos, una banda que atrapamos, eso es todo.

—¿Tiene usted alguna opinión? —preguntó Gabelou.

—No..., realmente no.

Gabelou despidió a su colega después de haber mandado traer una pila de documentos —multas, reclamaciones de facturas impagadas, y otros asuntos un poco sórdidos— relativos a la Vieja y al Dependiente. Pero se imaginaba que entre aquel papeleo no encontraría con qué hacer callar al Rompehuevos. Y aún menos con qué hacer hablar al Viejo León, que lo sabía todo...



«Lo sé todo, lo sé todo, eso se dice pronto... ¡Si cuentan conmigo para que les ayude, lo tienen claro los polis! ¡Ni mu! Lo siento, pero es mi compañero. El único que tuve en mi perra vida. Y el Gabelou, ¡míralo ahí, inquieto y sin rechistar! ¡Y ya quisiera saber! Pero la Vieja, el Dependiente, el Visitante, me dan por el culo...

»Aquí estoy acurrucado en un rincón, sentado en una butaca al lado del despacho de Gabelou, que se largó no sé adónde. Llevo cinco días aquí, enmoheciéndome... Al Visitante y al Culpable los encontraron el 2 de enero. ¡Felices fiestas! Cinco días... Esto no se acaba nunca. A los polis los pone muy nerviosos verme esperar tan tranquilo. No van a torturarme, no serviría para nada. No soy responsable. Bueno, un poco con el Visitante, pero nada más.

»El Culpable es mi compañero, mi amigo, mi colega, mi lo que sea, llamadlo como queráis, y eso quiere decir que no lo voy a traicionar, es más fuerte que todas sus mierdas y basta. ¡Y mira que lo intentaron! Amigo León por aquí, amigo León por allá, coba, cumplidos, camelo, y total: no consiguieron nada. Ya pueden darse por contentos si les hago un pequeño gesto con la cabeza cuando me traen de comer. Una tumba. Mejor les iría si hablaran con una tumba, con un zapato viejo perdido en un montón de basura...

»Y ahí están los polis, rodeándome, mirándome como los duros de las películas, enfocándome la luz en toda la jeta con sus enormes brazos peludos, y de vez en cuando, encima, se burlan de mí. "Amigo León, deja que se pudran, dínoslo todo, eres el único que lo viste todo...", y se ríen. No colaboraré. Lo he jurado por lo que me queda de dignidad. Y eso de la dignidad, ni lo entienden ellos. Se creen tan seguros que creen que hay que dárselo todo. Bueno, pues ni hablar. El Viejo León los manda a hacer puñetas.

»Y el Gabelou es lo de menos, el peor es el Rompe— huevos. Un auténtico veneno ese tipo, tramposo, astuto, adulator, siempre esperando un momento de debilidad, un momento de flojera, cuando se está atontado por la falta de sueño.

»El Rompehuevos fue el que primero me acorraló. Yo no había ni rechistado, es lógico, después de todas esas historias tenía miedo de que me cargaran el muerto y, sin embargo, no soy culpable; pero a ver quién les convence de eso.

»Gabelou sí lo entendió. Claro que eso no impide que me tenga encerrado. Dio órdenes para que me trataran bien. Al principio hubo golpes, patadas, broncas; luego Gabelou les dijo a sus esbirros: "Dejad en paz al Viejo León, es mejor cuidarlo, después de todo es el único testigo..." Y todos a obedecer.

»Pero el Rompehuevos, eso es harina de otro costal. "Viejo León, ¿cómo eran las cosas entre vosotros?" "Dime, León, ¿conocías a la Vieja?" "¿Eras amigo del Chaval?" "Y el Dependiente también te conocía, ibas a comprar allí..."

»¡Y no quería dejarme en paz! Fui a ver a Gabelou y le insinué que si quería una colaboración honrada y sincera por mi parte, tenía que sacarme de las garras del Rompehuevos. Gabelou no es mala persona, se hizo cargo inmediatamente.

»Al principio todos se me echaron encima: el sobrino de la Vieja, los padres del Chaval, el carnicero —ése creo que tiene una historia muy sucia con el seguro, por



eso el Rompehuevos está metido en esto— y me costó un trabajo de la hostia contestar a todas sus preguntas...

»¿La Vieja? La conocía de vista nada más, nos encontrábamos en la escalera. ¿El Dependiente? Lo mismo, cuando iba a comprar. Bueno, lo vi una o dos veces en el pueblo; el Rompehuevos habría dado algo por que lo hubiera conocido mejor...»

«Pero ¿qué queréis? Toda esa gentuza dándole a la lengua y uno acaba por no diferenciar lo verdadero de lo falso, la buena semilla de la cizaña, como decía mi antiguo jefe, un aldeano...

»El Rompehuevos no es demasiado listo, pero es terco y tenaz, y no es tan tonto como parece; es un vivo que se las da de listillo. Tengo que desconfiar. Podría conseguir liarme. A fuerza de engaños y de parloteos... Yo ni despegué los labios cuando nos vimos. Era todo mieles, dorándome la píldora, pero ¡ése no me la pega!»

«Esta desconfianza me viene de mi origen campesino. Los de ciudad son unos imbéciles, embrutecidos por la tele. Habrían perdido la cabeza con todo este lío. Yo no. El Viejo León es un tipo del campo.

»Así es y no puede ser de otra manera. El Rompehuevos se cree superior con sus inocentes patrañas, sus estúpidos juegos y sus burdas trampas... ¡El Viejo León no es de la misma calaña que ese patán! Ya no quedan personas de mi pasta. Y es una pena, porque el mundo va de culo y la sabiduría de los campesinos, de verdad, ayuda en los malos momentos. ¡Eso es lo que siempre pensé!

»La verdad, no tuve una vida color de rosa. Menos rosa que la jeta del borrachín del Rompehuevos, atiborrado de vinazo y de matarratas; yo viví mucho tiempo a pan y agua, a las duras, ¡vaya!

»Al Culpable lo encontré cuando ya soy viejo. Pero desde el primer momento me di cuenta de que estaba en las últimas. No es que se notara por su aspecto, tan cuidado; por sus gestos, tan educados y atentos... No. Su estar en las últimas es de otro tipo, un algo en la manera de caminar, el cansancio que le transpiraba por todos los gestos como gotas de sudor, que no es como el cansancio nuestro, el de la gente del campo después de una jornada de trabajo. No, es un cansancio de fondo, el que hace que cruja el esqueleto, que rechinen los mecanismos y uno se dice: este tipo necesita un poco de aceite en los engranajes, pero, vaya, nadie tiene la aceitera con la que se podría poner un poco de grasa en las juntas y el tipo acaba en el desguace antes de ser realmente inservible.

»¿Y yo?, diréis. ¿No estoy acabado, a mi edad? ¿En qué estado estará mi mecanismo desgastado por los trabajos de la granja?



»Vamos, Viejo León, no te tengas lástima... Siempre pensé que la dignidad y los méritos se desgastan cuando uno se lamenta como si los echaran a rodar sobre guijarros.

»Nací allí..., en Altay. Antes no se decía Altay-I o Altay-II, o se decía pocas veces. Era una extensión de campos de trigo, de pastos; algo más lejos había casas, detrás del bosque. Yo, de pequeño, nunca me atreví a ir más allá de los bosques. Era demasiado mediosa.

»Nací en la granja, allí crecí, y de repente me hice adulto, con la polla que se me ponía dura y sin saber qué hacer con ella. De día, llevaba el ganado a los pastos, y de noche, con los compañeros, volvíamos a la granja y, ¡hale!, todos a dormir al lado de la cuadra, y la polla se nos ponía dura a todos. No era fácil encontrar un sitio donde meterla. Sí, da risa, ahora ya no es lo mismo... Ahora, la mía es canija, toda arrugada, ya no pide nada, pero en mi juventud, ¡la hostia! Incluso el Rompehuevos habría tenido envidia... Porque hay que verlo a ése con las tías, en el hueco de la escalera del edificio no se pierde una, junándoles el culo cuando suben a los pisos, ¡será salido! Me lo contó él... cuando venía a meter las narices a nuestra casa por todo el lío del Dependiente, la Vieja y el Chaval...

»¡León, León! —decía—, tú sí que tienes que saber cosas... ¡No me mires así, dame una pista y vivirás como un pachá!"

»¡Un pachá! Como si yo fuera de esa gente que les gusta vivir como reyes... Siempre viví a las duras. Detrás del culo de las vacas, desde bien pequeño, con frío, con nieve... Y además Altay cambió. Al principio no se notaba casi nada. Tipos con extraños coches atravesando los campos, con gafas para ver más lejos...

»Recorrían nuestras tierras, asustaban a los animales con sus bocinazos y desaparecían para volver seis días más tarde. A poner un poste, a colocar una verja. Como hacen las vacas con sus boñigas... Pero sus cosas no enriquecían los campos, ¡qué va! Cortaron árboles, talaron el bosque por el que paseaba con mi Eulalia, la que fue mía... Y traían camiones y volquetes, removían la tierra, cavaban hoyos, hacían agujeros. Todo ocurrió poco a poco. Antes sólo el campanario destacaba en la llanura y luego, ¡plof!, una torre, una grúa, una viga. Nosotros, los campesinos, retrocedimos todo lo que pudimos. Llevamos a los animales al otro lado, para darles el culo a las grúas... "León —me decía el Rompehuevos—, eres un puto rústico, una especie en extinción..."

»El Culpable fue el rayo de sol de la amistad que vino a dar calor a mis últimos días. No sé explicarme muy bien, suena un poco rimbombante, pero es algo sólido, profundo, ¡mucho más que sus vigas!

»¡Ay, las vigas! Yo y mi Eulalia las veíamos crecer, por la noche, cuando los animales dormían. Y Eulalia se murió de parto, una auténtica tragedia. Me sentí perdido, nada me interesaba. Los amos de la granja fueron buenos, comprendieron que mi dolor no tenía consuelo. A los chiquillos, tenía tres, los llevaron por ahí, a otras granjas. No podía ocuparme de ellos. Gente de bien los acogieron. Seguí trabajando, pero ya no tenía corazón, lo hacía todo mecánicamente: los animales, los pastos, el establo y vuelta a empezar el establo, los pastos, los animales...



»Y el Culpable, su Eulalia era bien diferente. Una zorra que lo jodió. Quizá sea eso lo que nos unió, nuestra desgracia, nuestra desgana. Pero él mantenía bien oculta su desgraciada historia.

»La primera vez que nos encontramos, él y yo, fue el año pasado, en marzo. Delante de un bar. Él salía; yo no me atrevía a entrar, imaginaos, ¡un viejo como yo! Era en Altay-II. Todo lleno de familias, montones de niños por todas partes y hubo que poner un colegio en el que trabajaba el Culpable. El bar estaba enfrente del colegio, no muy lejos del centro Carrefour, pero no era un tugurio miserable, no, era de lujo, con unas luces de neón azules que se encendían y se apagaban: "Altay Club". Iba a menudo el Culpable, pero no era un borracho. Una tarde nos cruzamos, uno de los primeros días que hizo bueno el año pasado. El sol se ponía entre una confusión de vigas, de grúas y de cementeras, repentinamente inmóviles en medio de la noche que iba cayendo, como los insectos que el amo de la granja clavaba en una madera antes de colocarlos en un armario hecho a propósito cuando yo era joven... Todavía no había cemento por todas partes y chapoteábamos en el lodo de las obras, era peor que los campos cuando llueve en otoño. Los zapatos del Culpable estaban manchados de barro.

»Me miró con aquella mirada suya, como cansada, pero en el fondo de sus ojos vi ese resplandor que no engaña —esto lo digo para los que ya han visto este resplandor, lo siento por los otros—, y se notaba ahí, entre nosotros, como una masa compacta de deseo de estar juntos, porque él también, en mis ojos legañosos, había notado el jodido resplandor...

»A partir de entonces nos hicimos inseparables, para lo bueno y para lo malo, amigos, y, hoy, Gabelou tiene que tenerme encerrado para que no vaya a la cabecera de su cama a darle ánimos.

»Nueve meses pasamos juntos. Hasta la semana pasada, cuando Gabelou lo detuvo...

»Yo era libre, no tenía trabajo, podía hacer de todas formas algún trabajillo, y no sucedió de repente, sino poco a poco, me quedé en su casa a mediados de abril... Con su zorra, fue fatal... Si hubiera sabido cómo había sido con mi Eulalia... Bueno..., le habría dado mucha pena saber que la felicidad era posible...

»El Culpable y yo pasábamos horas juntos, sin movernos, sin un ruido. Y nuestros dos silencios se daban la mano.»

Después de la sesión del cementerio, Gabelou había regresado a París, pero el Rompehuevos se había quedado por los alrededores del pueblo normando en el que el Chaval reposaba para siempre.

Había arrastrado a una periodista a un pequeño restaurante, a algunos kilómetros de allí y, con el puro en la boca, peroraba, medio amodorrado sobre la mesa llena de restos de la comilona que se acababan de dar a costa de la redacción... Los caparazones de los cangrejos, todavía con carne, hacían de ceniceros.



—No... compréndame —decía el Rompehuevos—, es demasiado fácil, basta con firmar un impreso, y ¡ya está!, todo se da por acabado, por enterrado; ya no hay cadáver, ¿pero qué es esto? No hay pruebas, no hay pruebas. ¡Vamos! ¡Si se buscan se encuentran!

—Dicen que está loco de verdad, que lo leyó todo en el periódico local... —aventuró la periodista.

—Patrañas que no engañan a nadie —chilló el Rompehuevos encendiendo otro puro—. ¡Eso es impensable!

—¿Pero la autopsia del Chaval dio algo...?

—Nooo... y pensar que removí Roma con Santiago para convencer a la familia, ¡pobre gente! Lo del Chaval, no digo nada, después de todo fue un buen trabajo: la puerta abierta, una patada en el culo y ¡listo! Carne tierna aplastada contra una viga de hormigón, ¿se imagina? ¿Mmm? Pero la Vieja tiene que tener señales, golpes.

—Pero eso es de dos meses antes que lo del Chaval, y por lo que dicen el cadáver no es un espectáculo nada agradable.

—¿Agradable? ¡Lógico! ¡Con gas! Nunca es agradable, pulmones arrugados, además era una fumadora empedernida, se liaba los pitillos, ¡imagínese! Y la despedazaron para mirarla por dentro, pero donde tenían que haber mirado era alrededor... ¿Habría intentado defenderse?

La camarera del restaurante les llevó dos coñacs y el Rompehuevos levantó su copa frente a la luz para admirar el tono dorado del alcohol.

—¿Y dónde está la Vieja?

—En el cementerio de Thiais. Pleiteó un sobrino nieto, al que me costó mucho trabajo convencer, pero nada...

—Pero la Vieja y el Chaval no le interesan, ¿verdad?

—Buenooo..., si se encontrara algo, de resultas, el asunto del Dependiente no estaría tan claro. ¡La Compañía no quiere pagar!

—Claro, claro... —murmuró la periodista.

—Y... por eso estoy revolviendo toda esta mierda: el comisario de Altay-II firmando permisos de inhumación sin hacer ninguna investigación... Ponga, ponga eso en su periódico, no hay que andar con contemplaciones, largan un pelotazo de butano a los bronquios de la abuela, cobran la herencia y ¡carpetazo!

—Sí..., sólo que en este caso no había herencia.

—Era un ejemplo, una suposición, algo que se le puede ocurrir a uno. ¿Usted no tiene abuela?

—Las dos han muerto.

—¿Sí? Bueno, en cuanto al Dependiente, no me rindo. El cadáver, de acuerdo, sin problemas: tórax aplastado, el corazón enroscado en las vértebras, pulmones espumosos, no hay nada que decir, un choque, uno solo, ¡pero la bici!



— ¿La bici?

—Está hecha polvo. Y si sólo hubo un choque, ¿por qué la bici está doblada en cuatro, eh? En dos, todavía, choque de frente, de acuerdo, ¿pero en cuatro? Sin sillín —salió disparado—, los radios retorcidos en todos los sentidos, como si hubieran pasado por encima de ellos, con saña...

Bruscamente fatigado, el Rompehuevos se calló. Mojó los labios en la copa y chascó alegremente la lengua. La periodista garabateaba maquinalmente en su agenda. Le había garantizado una entrevista en exclusiva a cambio de que mencionara en letra gorda el nombre de la Compañía... El trato era justo. El Rompehuevos había dicho eso, «el trato»: «Usted escribe la noticia y yo me marco un tanto con la Compañía, que buena falta me hace.»

El Rompehuevos era un tipo alto y desgarbado de mirada huraña. No llegaba a los treinta y había sobrevivido sacando tajada de chanchullos variados —compra de comercios en quiebra o gabinetes de sicólogos asesores para empresas a punto de hundirse— antes de acabar en la Compañía... Un buitre de la crisis.

La periodista era una chavalita peripuesta. Dejaron el restaurante y fueron a la playa, donde revoloteaban las gaviotas. El Rompehuevos cogió algunos guijarros y los lanzó al agua sin conseguir que rebotara ninguno.

Luego subieron al coche del Rompehuevos, un viejo Maserati en las últimas, y emprendieron regreso a París.

—Y... ¿qué piensa usted del Viejo León? —preguntó la periodista después de unos minutos de silencio.

—Ah, ¡si ése hablara lo sabríamos todo! Pero no hay modo, ¡no suelta prenda!

Luego el Rompehuevos, sin dejar de conducir, se volvió hacia su acompañante y poniéndole una mano en la rodilla le preguntó si podía confiar en ella. Confiar plenamente, quería decir. Ella asintió.

—Como sabe fui el primero que entró en el apartamento... Bueno, no el primero de todos, pero casi. ¿Oyó usted hablar de las cintas? Pues bien, robé una antes de que llegara la policía.

Ella lo miró sorprendida, pero el Rompehuevos hizo un gesto como para quitarle importancia.

—Oh... —dijo— cogí una al azar. No pude escuchar todas las que Gabelou birló.

—¿Y se trata ciertamente de un diario..., vaya, de una confesión?

—En cierto modo, pero la que tengo no vale nada. Mire, escuche.

Había sacado una caja del bolsillo de la chaqueta y la metió en el radio-cassette. Hubo un silencio, luego la voz del Culpable resonó en el recinto del coche. Fuera, la lluvia caía, chorreando por los cristales...



Ay, amigo León, ya podemos estar orgullosos de nosotros, ¿eh? No la encontrarán nunca al veneno ese, arpía, peste. Punto en boca. ¿Eh León? ¡Júralo, promételo, escupe en el suelo, juramento de sangre, somos dos hermanos!

Bueno, para esta noche tenemos un plan magnífico: acondicionamiento de la zona sur. Con excavadora, mucho trabajo, hay que desescombrar, León, hay que desescombrar. Todo recto, dirección cuarto de baño-salón, vía expés. Tren rápido, ¿has visto qué calidad? Último modelo, tres vagones, y la locomotora y las señales, vamos a trazar la vía, venga ayúdame. ¿Tienes sed? No, ya has bebido bastante.

Recuérdame que compre más bolsas. Venga, el tren tiene que pasar, esto es el progreso. ¿Nos estará escuchando ella, ese veneno? Eso es, excava hasta el sofá.

León, si alguien viene cuando yo no esté, silencio y punto en boca, motus et tutti quanti, morituri te salutant. ¿Tú no estudiaste latín, León?

La arpía quería que volviera a estudiar latín, la muy puta. Para el examen de inspector. ¿Te imaginas, a mi edad? Volver a hacer traducciones y temas. Carthago delenda est, dicitur Homerus caecus fuisse; no, era lo que me faltaba..., tenía cada idea... Hicimos bien cargándonosla.

Y eso que yo era bueno en latín, pero para el examen era mejor que escogiera geografía-historia en vez de latín. ¿Duermes, León?

León, eres un buen tipo, pero no eres demasiado culto...

—Ya ve —dijo el Rompehuevos después de apagar—. Y así durante horas. Encendía el magnetofón cuando llegaba a casa y así toda la noche...



La Vieja y el Chaval dormían a pierna suelta en sus respectivas tumbas, igual que el Dependiente, al que también habían ido a molestar en su sueño eterno cuando le hicieron la autopsia, antes que a la Vieja.

Sin embargo, no ocurría así con el Visitante, cuyo cadáver esperaba que tuvieran a bien preguntarle lo que tenía que decir, estirado en un cajón frigorífico, en el segundo sótano de la morgue del Quai de la Rapée.

Esperaba pacientemente desde hacía una semana, disponible para cualquier examen e interrogatorio a golpe de escalpelo, de trépano o de otros instrumentos a cual más convincente.

Gabelou no creía que el vientre —piel estirada sobre las vísceras relajadas de las que manaban fétidas mucosidades— fuera a abrirse de repente para gritar una verdad susceptible de ser traducida a términos jurídicos..., pero lo contemplaba con sorpresa, como si, a pesar de todo, se hubiera preparado para tal confesión, que brotara por sorpresa de aquella tranquila desnudez, allí, en los sótanos del Instituto Médico-Legal.

Todos los cajones llevaban una pequeña etiqueta blanca con un nombre o, en su defecto, un número. A Gabelou le fascinaba aquella clasificación meticulosa de la muerte y de sus accesorios: en una habitación contigua estaban las ropas, cuidadosamente dobladas y metidas en bolsas de plástico debidamente etiquetadas.

Había de todo, o casi. Un auténtico carnaval. Vestidos de noche, uniformes militares, una sotana al lado de un liguero, vestigio de no se sabe qué demoníaca orgía, y ropas corrientes cuya banalidad rozaba lo patético, hasta tal punto su trivialidad se negaba a adaptarse a la magia helada que reinaba en aquellos lugares... Gabelou rozó con sus dedos el cartón grapado a la bolsa que contenía los efectos del Visitante. El inventario era lacónico:

Traje de tergal azul oscuro con etiqueta de «Camif» / mocasines ídem / ropa interior ídem / faja antirreumática del Doctor Scholl / nota: estado del pantalón y del calzoncillo, muy deteriorados en las dos nalgas, y en el muslo derecho.

Los celadores de la morgue estaban acostumbrados a las tardías visitas del comisario Gabelou, cuando lo veían tomar el ascensor a los sótanos...

Pero la noche que volvió de Normandía, después de la exhumación del cuerpo del Chaval hubo un trágico accidente en Orly: el barullo de las ambulancias interrumpió su peregrinaje mortuario. Y a juzgar por las primeras bolsas que traían «aparecía un rollo chungo», como habría dicho el sobrino de Gabelou, alumno de segundo del Instituto Henri IV.

El comisario, demasiado alterado, abandonó entonces el lugar, recorriendo a grandes zancadas la orilla del Sena en dirección al Barrio Latino. La nieve que estaba cayendo desde la tarde había cubierto ya las aceras desiertas de peatones. Hacía frío y, al salir de los subterráneos de uno de los pisos del Quai de los Orfebres, el inspector encargado de vigilar al Viejo León contempló con melancolía los tejados de París.



Cuando Gabelou entró en el despacho, borraba con la manga el vaho que su aliento había formado en los cristales de la ventana enrejada.

—Y bien, Léon, ¿cómo va eso? —dijo Gabelou.

El despacho era una habitación bastante espaciosa y desordenada de modo indescriptible. Léon, en medio de un fárrago de dossiers y de ropas, parecía un accesorio más, sentado en una butaca, la frente gacha, obstinada la mirada. Casi no se había inmutado cuando entró Gabelou. Su inexpresiva mirada permanecía fija en una mesa de camping en la que se amontonaban trenes de tamaño reducido y cintas magnetofónicas.

—¡Maldito Léon —exclamó Gabelou—, siempre tan silencioso!

—No se movió de ahí... —informó el inspector que había estado de guardia toda la tarde.

Gabelou se sentó frente a él y con la barbilla apoyada en las dos manos, lo miró fijamente. Luego cogió una cinta, de buena calidad —de dióxido de cromo— y la voz del Culpable empezó a sonar cuando pulsó la tecla «play».

No te quemes la sangre, Viejo Léon, esa arpía ya pagó, ahora vamos a estar tranquilos los dos, ¿no te parece? No pongas esa cara, no hay ninguna posibilidad de que la encuentren...

Ya sé que no es muy legal pero yo sufría demasiado, no se puede hacer sufrir a alguien de ese modo, ¿te das cuenta, no? Ya no volverá a ponerse esa falda con abertura para provocarme y en el último momento: ¡no toques, desgraciado, no es para ti la piel sedosa de la bella Irene!

¿Verdad, Léon? ¿A que estás de acuerdo? Perdía el culo por ella continuamente y nunca me daba nada. Excepto dos o tres veces al año, en mi cumpleaños, en Navidad y el quince de agosto ¿Y por qué el quince de agosto?, te pregunto; o mejor dicho, me pregunto. Y el resto del año no, siempre no... Desgraciado, la bella Irene decía que yo era un desgraciado. Pero ya se acabó, Léon, vamos a estar muy bien los dos solos, sin ella.

No te acerques ahí; Léon, no me gusta. Ella está ahí, no hay que olvidarlo. Vamos a esconderla, a disimular, ¡eso es!, y además me voy a comprar una locomotora.

Ella no quería que me comprara más trenes, ¿te das cuenta? En Carrefour tienen una sección, no es que sea una maravilla, pero no está mal, sobre todo para el material pequeño, el balasto, las luces, los hilos.

Para los trenes, los vagones, las casas, voy a París. Tchh, tchh, tchhh. Léon, ¡qué bien lo vamos a pasar los dos con los trenes! Tú tienes pinta de jefe de estación,



Léon. *¿Conoces esa canción, el jefe de estación es un cabrón, el jefe de estación es un cabrón...?*

Bah, Léon, no te molestará la canción, ¿verdad? ¡No! A tu edad... Ya no puedes ser cabrón, tú...

Yo sí, sí, sí..., el tren fue el único que no se la tiró. El vigilante de la cantina del colegio y el jefe de estudios, en la Inspección, y quizás incluso mis antiguos alumnos. ¿Por qué no?

Y el inspector, ése, seguro, los vi el día de fin de curso. Había una fiesta en el colegio. Todos estaban un poco chispas, de acuerdo. Precisamente fui con el coordinador de profesores de gimnasia al almacén a buscar algunas botellas más de pastís y en el despacho del jefe de estudios, allí estaban, ella con su falda de abertura, él metiéndole la manaza por debajo de la falda y ¡sus bocas que no se despegaban!

Para no quedar como un estúpido delante del coordinador de los profes de gimnasia, me reí y dije: «Mira a los tórtolos, ¿ya llegó la estación de los amores?» y cerré rápidamente la puerta. El coordinador estaba muy excitado, seguro que por la falda de Irene y te juro, Léon, que en aquella habitación olía a amor, a heno, a primavera, el celo de los animales: todo lo que ella me niega. Le guiñé un ojo al coordinador y le expliqué que éramos una pareja «liberada». Volvimos con las botellas de pastís y para guardar las apariencias le di un pellizco en el culo a la profe de música. Ella se quedó de piedra y me largué. El coordinador me había visto, la historia de la pareja «liberada» podía creerse...

Después, por la noche, en casa, ocho días antes de que llegaras tú, la llamé tirada, furcia, arrastrada, puta barata... Me escuchó en silencio sin despegar sus hermosos labios. Se encogió de hombros, como siempre, como diciendo: todo lo que dices, me importa un rábano...

Y al dar la vuelta para ir al cuarto de baño, ¿quizá sin querer? ¡Aplastó mi maqueta del apartadero! Doscientas piezas que había estado montando todas las tardes de la semana, que había encolado una a una; había encargado pinturas, calcomanías con letras góticas... Era para el circuito alemán, el que está debajo del sofá del salón atornillado a una plancha de aglomerado. Es demasiado grande para tenerlo siempre fuera...

Plantó su pie calzado con una zapatilla de pompón —no me gusta, resulta vulgar una mujer como Irene con zapatillas de pompón, pero, ¡en fin...!— justamente sobre el edificio principal, hay tres, haciendo una estrella, el plástico se rompió... Grité.

Rápidamente, le aparté el pie para apreciar los destrozos. No se podía salvar casi nada, tenía que volver a comprar las tres cuartas partes de las piezas...

Y me quedé allí, desesperado, con los trozos de plástico aplastado en la mano y entonces ella se portó como siempre lo hacía en esos casos, amable y solícita; se arrodilló a mi lado, me rodeó el cuello con los brazos, ¡qué bueno era, Léon, ese abrazo! Y al día siguiente fue a una tienda de París, y compró la maqueta del apartadero en piezas sueltas, en paquete de regalo, y además la última novedad de



Hornby H. O., una locomotora de vapor de la serie americana, la Grant 302, la que me faltaba en el circuito de la Guerra de Secesión.

Una máquina preciosa, completamente negra, reluciente, yo ya tenía los vagones pero estaba esperando que me pagaran las horas de permanencia del último trimestre —el secretario del colegio siempre se retrasa— para comprarla. La puse a funcionar inmediatamente y, ¡vaya efecto que hacía, León, subiendo por las pequeñas colinas de poliestireno, con los soldados azules...!

Así era Irene; una de cal y otra de arena, capaz de la mayor putada y a renglón seguido besitos y mimos.

Sí, así era verdaderamente, porque al domingo siguiente, justo antes de las vacaciones, preparó una comida, y yo estaba encantado, pero había un invitado: el inspector. ¿Ves León, como era una arpía...?

«Pues sí, razón tenía, la Irene era de armas tomar. No la conocí muy a fondo, pero con las mujeres siempre tuve buen ojo y así como mi Eulalia era una perita en dulce, su Irene era como una sopa agria.

»Pero la carne es débil, nos dejamos deslumbrar por unas curvas bien hechas o unas palabras tiernas y, ¡zas!, ya hemos caído en la trampa.

»La primera vez que vi a su Irene, me lanzó una de esas miradas que paralizan. El día que nos encontramos, él y yo, delante del Altay Club, caminamos los dos por los alrededores del colegio y luego nos fuimos cada uno por su lado. Varias tardes lo encontré en el mismo sitio, y una tarde me invitó a su casa. Eso no es nada malo.

»Pues bien, a su Irene no le sentó nada bien. Lo puso como un trapo preguntándole si eran esas —es decir yo, el Viejo León— sus nuevas amistades y que no sería mezclándose con andrajosos como iba a aprobar el examen de inspector... No quise insistir y me largué, educadamente, eso sí.

»Al bajar la escalera pegué la oreja, pero no se entendía nada con tanto grito. No me pareció bien porque yo, con mi Eulalia, también tenía broncas, pero no delante de la gente...

»Nos veíamos todos los días delante del Altay Club y no era difícil adivinar que en casa le iba cada vez peor.

»Luego, de repente, no lo vi durante varios días. Yo lo esperaba, merodeando por los alrededores del Colegio; de todas formas no tenía nada mejor que hacer y me empujaba la fatalidad, porque me decía que ese tipo y yo estábamos hechos para entendernos, ¡claro que sí!

»Y cuando lo volví a ver estaba con los compañeros; no quise molestarlo, no iba a abordarlo delante de ellos, a lo mejor le parecía mal...

»Por fin, después de una semana sin haberlo visto, se planta delante del Altay Club haciendo aspavientos, me da palmadas en la espalda y me llama su Viejo



Léon, estaba en plena forma y, en su coche, me enseña lo que había comprado para que nos pegáramos una comilona los dos.

»Y nos fuimos a su casa. Aposenté mis viejas nalgas al borde de un sillón, esperando la bronca de la cargante de su Irene cuando me viera ahí, en su salón, porque la última vez había dejado un poco de barro en la moqueta...

»Estaba acojonado, pero como llevaba varios días sin haber comido decentemente, ¿para qué mentir? ¡Estaba dispuesto a hacer de tripas corazón ante las miradas de la arpía con tal de pegarme el atracón!

»Pero todo estaba en silencio y él se dedicaba a preparar las bebidas; al ver mi sorpresa se dio cuenta de que yo encontraba que algo no era normal.

»Y se rió diciendo que no tenía que preocuparme, que no me inquietara. "He enfriado a Irene", dijo. En-fria-do.

Yo siempre trato de entender las cosas de modo que me den la menor lata posible y creí que Irene tenía gripe, lo que era un poco extraño en aquella estación, pero bueno, tenía frío.

»"No te hagas el estúpido, Viejo Léon —insistió—, que no has nacido ayer, ¡me he cargado a la arpía!"

»Me castañetearon los dientes, porque estaba allí, con él, en su casa, y ya veía venir las complicaciones. Debí de poner cara de preguntar por qué había hecho eso, porque suspiró y dijo: "¿Por qué... por qué...?" No sabía por qué no lo había hecho antes y por qué ahora sí y quizás era por el papel que me señalaba, en un sobre, sobre la mesita del salón.

»"He vuelto a suspender el examen de inspector —dijo—. Irene se burló de mí, entonces ya no pude más y me la cargué."

»Di una vuelta por el apartamento para ver dónde estaba. Había quitado todas sus cosas. Las cremas y esas cosas que usan las mujeres habían desaparecido del cuarto de baño y el tendedero estaba medio vacío, era buena señal, por lo menos había borrado las huellas de su existencia, pero lo principal era el cadáver. Al ver mi mirada interrogativa, se partió de risa y se metió otro latigazo de pastís.

» "¿Quieres saber dónde está, eh, Léon, canalla?", señaló con el pulgar hacia atrás, hacia la cocina. Miré, pero no había nada.

»"En el congelador —dijo—, está en el congelador."

»Era uno grande, casi tan grande como el del Altay Club, en el que meten las piernas de cordero y los pollos...

»¡Me quedé de piedra! Me senté. Había limpiado todas las señales de sangre y ahí, en el congelador de la Camif, por lo menos no nos tocaría los cojones, la arpía.

» Verlo tan animado me puso de buen humor, entonces nos pusimos las botas con todo lo que había comprado, nos dimos un buen papeo, eructamos, tiramos pedos, no nos privamos de nada. Fue la mejor noche de mi vida. Bueno, desde la muerte de mi Eulalia.



»Al día siguiente me instalé en su casa. Yo tenía mi rincón, él el suyo, no nos estorbábamos. Como yo no tenía casa, decidí olvidar lo del congelador. Desconfiaba un poco de mí, pero no lo tomé a mal. Puso una cadena gruesa sobre la tapa, bolsas de basura encima y no entrábamos en la cocina. Fregábamos los platos en el lavabo del cuarto de baño. Vivíamos como reyes, nadie nos molestaba. Al vecino de al lado, un compañero del Culpable, los alumnos le habían montado una bronca y eso lo dejó tocado de la cabeza. Estaba con los locos, en el campo.

«Vivimos felices, mi amigo y yo, durante casi seis meses. Me trasladé en abril y hasta septiembre todo fue bien. Nos fuimos de vacaciones y el Culpable trabajó en los campamentos julio y agosto para ganar algo de pasta.

»Sí, hasta el inicio del curso todo era paz; fue después cuando todo se jodió de golpe.»

A Gabelou le había costado mucho trabajo clasificar las cintas por orden cronológico. Las había escuchado todas pacientemente buscando una prueba de la culpabilidad del Culpable.

Se las habían llevado todas mezcladas en una bolsa de tela una vez que habían acabado de limpiar. No podía sospechar que el Rompehuevos hubiera birlado una. Ahora conocía algunas casi de memoria. Las del principio, en las que las frases estaban estructuradas. Y se imaginaba al Culpable construyendo sus maquetas y despoticando delante del magnetofón, ante la mirada indiferente del Viejo León.

Pues a León nunca se le oía. ¿Será posible que haya asistido a todo eso sin rechistar, sin decir ni pío?

«Sin rechistar, sin rechistar, ¿y por qué iba a quejarme? Estaba a gusto. ¡Pobre poli, ya le gustaría que lo ayudara! Y le tengo aprecio. Fue él el que me sacó de las garras del Rompehuevos. El Rompehuevos fue el que primero lo vio todo. Bueno, no el primero, el segundo. Antes estuvo el vigilante del edificio.

»Allí estábamos los tres: el Culpable, yo y el Visitante cuando el vigilante tiró la puerta, dio un paso hacia nosotros y, ¡zas!, se cayó redondo. Había otro tipo con él que en cuanto asomó la cabeza por la puerta, se puso a chillar y se largó.

»Yo me escondí en el Cañón. Es así como el Culpable llamaba al pasillo de mi habitación. Oí un ruido como si cabalgasen y llegó el Rompehuevos tapándose la nariz con un pañuelo. Estaba allí, en el descansillo de la escalera y meneaba la cabeza, diciendo: "No es posible, no es posible." Vio el magnetofón y las cintas y, ¡zas!, rápidamente birló una, por el morro. Para vendérsela a los periodistas, seguro. Y volvió al descansillo, gritando: "¡Bomberos, hay que llamar a los bomberos!"

»Entonces yo aproveché para largarme. Salté por encima del vigilante, que seguía desmayado, y corrí hasta el último piso, para saltar a la terraza del tejado por



la salida de socorro. Desde allí llegué al edificio de al lado: los dos edificios se tocan. Ya en la calle vi a los bomberos, a los polis, y a mujeres que gritaban que era increíble.

»Estaba tranquilo a medias. Todo el mundo en el pueblo sabía que yo vivía con el Culpable, pero nadie me había visto en el piso con el Visitante, por lo tanto no podían acusarme.»

«Ya había tenido que vérmelas con la poli unos años antes. En la granja. Habían robado gallinas y un cabrón había tenido la gran idea de decir que a lo mejor había sido yo. Ni tan siquiera hicieron caso de esos chismorreos, pero sé de sobra que con ellos hay que andarse con tiento...»

Gabelou se sirvió un café. Mientras lo bebía a sorbitos escuchaba la voz del Culpable por el altavoz. El sonido no era muy bueno.

Sólo había dos botones, uno para el volumen, el otro para los graves y agudos.

—Está loco, ¿eh, Léon...? —masculló Gabelou.

Ya estaba casi decidido a cerrar todos los dossiers y a dejar que el juez de instrucción se las arreglara solo con las cintas. Lo que le daba pena eran los trenes. ¿Qué iba a pasar con esas maquetas? Valían una fortuna. No se podían donar al colegio en el que trabajaba el Culpable ni dejárselas en la cárcel, si salía bien librado de ésta. Ocuparían demasiado espacio en una celda. Gabelou, a la chita callando, se había apropiado de la Grant 302, del circuito americano. La tenía en la biblioteca. Un modelo reducido espléndido. La chimenea tenía un orificio en el que se podían meter unas pastillas de humo..., el efecto que hacía era perfecto... con tal de ver reducidas las dimensiones del espacio...

Tengo que hablar, se lo dije todo a Léon, pero es viejo, es posible que se muera pronto y además no tiene la cabeza muy clara.

Tengo que hablar, confesarme, decirlo todo. Me siento feliz. La he matado. Me hostigaba sin parar, me impedía vivir, quería que aprobara ese examen para ganar más dinero y sobre todo para que fuera más importante.

Sin embargo yo estoy muy satisfecho de mi vida en el colegio. Tengo un curso, unos quince chavales, todo va bien, es una clase especial, una clase de desecho.

Irene era bibliotecaria y con su falda de abertura provocaba al inspector, también al jefe de estudios y a ese vigilante con la cara llena de granos de la cantina.

Ella no tenía por qué quejarse: me concedieron un apartamento de funcionario y al ahorrarnos el alquiler tenía pensando comprar una caravana para las vacaciones; en Camif, que tiene muy buenos precios.

Ya no irá de vacaciones en la caravana de Camif, porque la maté.



Ya, ya sé que la vida en Altay no es demasiado divertida. Estamos encajonados entre el colegio y la fábrica Citroën, pero hay sitios peores. Tendría que haberse conformado con nuestras pequeñas comodidades, ella, que como yo era de origen modesto; peor para ella, ahora sufre su castigo.

«Ah sí, sí que me acuerdo de aquella tarde, cuando empezó su diario. Lo llamaba su diario, pero como siempre tenía las manos ocupadas con las maquetas, continuamente arreglando cosas, soldando, pintarrajeando, no podía escribir: por eso hablaba.

»Y aquella tarde, cuando decía que había matado a Irene y que los ahorros para comprar la caravana en Camif los iba a emplear en comprar más locomotoras, estaba muy concentrado montando una pequeña iglesia de plástico con el tubo de cola. Se ponía un chisme grande en el ojo, como los relojeros y eso le daba un aspecto que no me hacía demasiada gracia.

»Ponía mucho cuidado en hablar despacio, al principio, pero después, cuando todo se complicó, fue más desordenado.»

Desde mi clase veo el despacho que ocupaba Irene antes de que la matara para castigarla. He puesto una hilera de plantas verdes en el borde de la ventana y uno de mis alumnos está encargado de regarlas. Tengo un responsable para cada cosa: Ahmed para las plantas, Federico para la tiza, Julián para borrar la pizarra, Pedro recoge los cuadernos y Youssef es el que va a llevar el correo o las circulares administrativas al director. Desde las ventanas puedo ver el patio. El cemento está lleno de baches y los arbustos están en las últimas. El despacho del entresuelo, con cortinas azules, es el de la biblioteca, el de Irene. Desde mi clase podía ver al vigilante de la cantina y al jefe de estudios cuando iban a hacerle visitas. Ahora está castigada.

Ella quería que yo fuera inspector, por eso me obligó a presentarme al examen. Suspendí tres veces. Hace ya mucho tiempo que dejé de estudiar y en el examen había jóvenes que acababan de salir de la Facultad. Sin tener en cuenta que la pedagogía ha cambiado mucho y aunque Irene me mandaba leer libros sobre Summerhill, ¡nunca me ponía al día! Los trabajos de psicología, eso era lo peor. Ahora se ocupan más de suponer qué es lo que altera las mentes de los chavales que de darles bases sólidas: gramática, cálculo. Irene se burlaba de mí, de mi bata, de mis cuadernos, con tres cuadrados de margen, la fecha subrayada en azul y el título de la lección en verde... no deja de haber dado resultados... Y además no me imagino de inspector. Naturalmente no voy a hacerle ascos al sueldo, pero desde que me concedieron la vivienda de funcionario todo va mejor.

Las ventanas dan por un lado al colegio y a los edificios de los talleres y por el otro, más allá del campo, a la fábrica Citroën. No le bastaba con eso a Irene. Y tuve



que castigarla. ¡Tres habitaciones pequeñas para nosotros dos eran de sobra! Ya, ya sé que no era como la casa del inspector, en pleno centro del Altay-I; pero, de todas formas, ¿por qué siempre se han de tener gustos caros?

Al menos podía compararse con la gente de la fábrica. No voy a decir con los obreros, eso sería exagerar, pero sí con los capataces, los contramaestres. Algunos viven en nuestro mismo edificio. Yo tengo un trabajo fijo, vacaciones, el sindicato defiende mis intereses, sin contar con el resto de las ventajas: Camif, la mutua, las libretas de ahorros... Había abierto una cuenta de pensión complementaria, a nombre de los dos, y, ¡ya ves!, ella está castigada y sólo la voy a disfrutar yo.

Al principio era amable, bajo ningún concepto la hubiera castigado; luego todo se jodió, al cabo de cuatro años. Tenía delirios de grandeza, quería que ganara mucho dinero, que estuviera por encima de todo el mundo...

Yo no busco eso en la vida, me conformo con poco, soy una persona modesta. Y ella se vengaba, ¿cómo? Pues... dormíamos en habitaciones separadas. Y bien contenta que estaba de tener Camif cuando amueblamos la otra habitación, su dinero nos costó. Por suerte había hecho horas, más que de costumbre, eso ya pasó... Y siempre quería más ropa, y más. Y en vez de echar un vistazo al catálogo de Camif, que siempre es más barato, iba a París a gastar y venga a gastar. Ya no me quedaba nada para los trenes y tuve que dar clases particulares. Cuanto más gastaba ella, más tenía que trabajar yo —horas extra, la cantina, clases particulares los sábados por la tarde, campamentos en las vacaciones— y menos tiempo me quedaba para preparar el examen de inspector, lo que demuestra que algo no le funcionaba bien en la cabeza, porque si no habría gastado menos. Porque ella no hacía nada, ni la cantina ni nada y no estaba cansada de los chavales que chillan sin parar. Sola, tranquila en la biblioteca, magreándose con los vigilantes, la arpía; hice bien castigándola. Nadie se dio cuenta de nada, nadie pregunta nada. «Se fue», les digo que volvió con su familia.

Vendí su cama, su cómoda y su aparato para hacer gimnasia, una bici sin ruedas que también había costado una fortuna. Metí ese dinero en mi cuenta; la Semana Santa del año que viene, esta vez, desde luego, no voy a perderme el Salón Internacional de Modelismo de Stuttgart.

Gabelou había visitado la clase del Culpable. Había visto las plantas carnosas un poco anémicas, las fotos pegadas en las paredes, todas sacadas de la *Vida del Raíl*: paisajes verdes surcados por trenes *corail*, secciones de motor, locomotoras rutilantes... Los cuadernos de los niños estaban cuidadosamente apilados, forrados en plásticos de diferentes colores, según la asignatura. Gabelou había ojeado algunos, con anotaciones del Culpable. Su letra era fina y recta, sólo utilizaba pluma de plumín y en la mesa destacaba la gran botella de tinta roja Waterman. El Culpable escribía con trazo grueso o fino para reñir a sus alumnos o para felicitarlos si habían aprobado. La bata gris estaba colgada del perchero, con los bolsillos llenos de tiza blanca. En los cajones de la mesa estaba la lista, rigurosamente llevaba, de los objetos confiscados —pistolas de agua, tebeos, navajas—, así como del material



escolar. Cerca de la puerta, al lado del horario, un calendario de ferrocarriles; en Semana Santa, el Culpable había puesto una cruz roja al margen y había escrito: «Stuttgart» en letra gótica.

Gabelou había paseado, nostálgico, por el patio del colegio. Este colegio no se parecía en nada al de su infancia, un macizo edificio de piedra, rodeado de arcos, con una cristalera, castaños, una gran campana para anunciar los recreos... Aquí, había dos edificios, dispuestos en T. Unos asquerosos tubos metálicos sombreaban las hileras de sucios cristales; una verja cerraba el patio y, cerca de la casa del conserje, una escultura anémica, de hormigón armado, que representaba un enorme pez, con la boca permanentemente abierta en silenciosa agonía...

Gabelou había sacudido la cabeza, deseando que no fuera con ese horror con el que los chavales, una vez adultos, se hundieran en las nostalgias de la infancia...

Frente al colegio estaban los edificios de la ciudad, cubiertos por carteles de los sindicatos que protestaban contra los despidos de la fábrica Citroën; todas las casas eran iguales, pintadas alternativamente de ocre o de azul.

Naturalmente, no parece importante, pero son una gran responsabilidad los niños. Irene nunca lo comprendió. Ella se dedicaba a hacer fotocopias para el director o a pedir material.

Sobre todo en estos tiempos, es cada vez más difícil, se drogan a los catorce años, me pregunto a dónde vamos a ir a parar. Ponen pegamento en una bolsa de Carrefour y lo aspiran. Luego da igual que les preguntéis cuánto es ocho por ocho... Y este aspecto de las cosas no lo entienden los que examinan para inspector. No creo que en Summerhill hayan visto nunca un tubo de pegamento. Se quedan en la teoría, y yo soy un práctico. Empecé con una clase de cuarenta y cinco chavales, entonces, claro, no entraba en muchos detalles...

Irene lo veía todo desde el punto de vista de una intelectual. Porque el inspector le calentaba la cabeza con sus conferencias pedagógicas. Era ella la que le preparaba los resúmenes, saboreaba todas las palabras grandilocuentes y creía que yo no era capaz de hacer otro tanto de lo mismo, casi ni de comprenderlo.

Y en casa no hacía nada. Yo tenía que plancharme las camisas, llevar mis trajes a la tintorería, mientras la señora iba a clase de gimnasia, a danza o a cerámica en el centro cultural. Y no quiero ni pensar lo que pasaría con aquel monitor barbudo que encontré una vez en la fiesta del modelo reducido, en la Casa de Todos... El inspector, el vigilante de la cantina, ese chupatintas de jefe de estudios, seguro, y el barbudo, casi pondría la mano sobre el fuego. Y yo, nasti. Cerraba la puerta del cuarto de baño cuando se duchaba y si por casualidad entraba en un mal momento en su habitación ¡me decía que tenía que llamar antes de entrar!

Cuando se escuchen estas confesiones, si es que se escuchan algún día, se comprenderá que actué en conciencia, que merecía el castigo. Ahora, esta noche,



voy a acostarme porque estoy muy cansado y mañana es día de evaluación.
Buenas noches, Viejo León...

«A mí, qué queréis que os diga, me da pena, escucharlo así. Y ver a Gabelou manoseando las locomotoras con esos dedazos —hace un momento tiró una al suelo— me da rabia, pero disimulo. Ay, ¡había que ver al Culpable con sus trenes!: le brillaban los ojos cuando los echaba a andar, cuando la micheline cruzaba por el camino de agujas, cuando el tren rápido enfilaba por el Cañón hacia mi habitación; era como un crío y eso Gabelou parece que no lo comprende.

»Yo estaba contento, él a veces se reía como un loco, yo lanzaba una mirada hacia la cocina, hacia el congelador donde había puesto a la arpía y me daba un golpe en la espalda y me decía: "¡No te quemes la sangre, León, ya no nos tocará más los cojones!"

»Fue poco a poco. Una bolsa, luego otra, una botella vacía, una colilla. Lo ponía todo en la cocina. En la mesa o por el suelo, en las baldosas. Eran una bolsas azules, con un cordelito para hacer un nudo. Cuando había mucho desorden cogía el recogedor y la escoba y llenaba una bolsa. Al cabo de quince días ya no se veía el congelador, había demasiadas bolsas alrededor. Una pequeña montaña azul.

Después, algo debió de pasar en Carrefour, ya no había bolsas azules, eran rojas. Y el cambio alegró el panorama, era menos monótono.

»De todas formas en aquella época no me preocupé demasiado porque acababa de empezar la huelga de Citroën y el ambiente se caldeaba en todas partes, trataba de no andar demasiado por la calle, a mi edad es fácil tener una mala caída. Y con la huelga de coches en Citroën, los del servicio de basuras también se pusieron de brazos caídos y en la calle había montones de bolsas rojas y azules como en nuestra casa. Los gamberros les prendían fuego de vez en cuando y había nubes de humo negro que hacían que me picara la garganta.

»Una mañana, el 15 de mayo, por poco me pillan en la calle, porque los de Citroën hacían una *mani* y los polis vinieron a la ciudad. Los chavales les tiraban bolsas de basura, daba gusto verlos, con cascaras de huevo en las cabezas y los hombros llenos de posos de café.

»Pero aquello no podía durar mucho y los del servicio de basuras lo recogieron todo, sólo que él, el Culpable, seguía amontonando bolsas en la montaña de la cocina y llegó un momento en que habría que haber sido adivino para saber que había un congelador con una arpía dentro, detrás de todas aquellas bolsas rojas y azules.

»Un día que yo estaba mirando las bolsas, preocupado, porque sabía de sobra que por fuerza íbamos a tener problemas los dos, me dijo: "Vamos, León, deja de pensar en ello." Y cerró la puerta de la cocina y le clavó unos listones encima. "¿Así estás más contento, León?" ¡Listo!, ya no se veía nada. Construyó un pequeño puente de plástico, para el circuito americano, mientras hablaba al magnetofón, pero



yo fui a acostarme a mi habitación, cansado. Había pasado el día por los alrededores de Citroën, viendo el barullo y, a mi edad, no se recupera uno con facilidad.

»El día siguiente, por la noche, puso una bolsa nueva, roja, delante de la puerta clavada, encogiéndose de hombros.»

Lo importante, querido Léon, es estar limpio. Esta es mi moral. Ya sé que esto puede provocar risa, pero el que ría el último reirá mejor. Ya no se dan clases de moral, en la escuela, claro. Está pasado de moda. ¿Estaremos nosotros también pasados de moda, Léon?

Estar limpio es no deber nada, no tener que dar cuentas a nadie, poder andar con la cabeza alta, frente al mundo, orgulloso de uno mismo, de la propia vida, aunque sea una pobre vida monótona. Y no es fácil llevar una vida, se tuerce a la derecha, a la izquierda, se encabrita, refunfuña, no quiere ir a donde la llevamos, se resiste. Estar limpio es no tener necesidad de los demás, no tener que mendigar, bastarse uno mismo... A mí, cuando sea viejo, nadie podrá reprocharme nada, coticé a la caja de pensiones complementarias y tendré mis ahorrillos.

Tú, Léon, no es que te reproche nada, has llevado una vida de juerga continua, pero era diferente. Y acepto acogerte porque soy bueno. Pero mi Irene era un desastre, morder una manzana, darle dos bocados y tirarla sin preguntarse el precio. No lo digo por las manzanas, es una imagen.

Hay que estar limpio, no provocar envidias, pero no ceder, ésta es mi línea de conducta. Mírame, voy a clase, ¿acaso tengo necesidad de ponerme un traje? No, porque de todas formas me pongo una bata, por el polvo de la tiza y también por la tinta. Pues bien, a pesar de todo siempre llevo trajes impecables, no se me puede criticar por negligente.

No es como el vigilante de la cantina, que parece un pordiosero, aunque se sea estudiante no se debe uno abandonar.

Y mi traje quizá no sea de tan buena calidad como el del inspector, quizá no esté muy de moda, pero te juro, Léon, que es el mejor planchado y nunca me pongo la misma camisa dos días seguidos. Eso es la dignidad, quizás esté muy abajo en la escala social, pero voy impecable. Nunca se me vio beber más de una copita y nadie tuvo nunca ningún reproche que hacerme, la prueba es que estoy muy bien considerado.

En la fiesta de Navidad ¡tenía una buena el inspector! ¡El señórrr inspectorrrr! Claro, se da aires de gran señor, se cree superior y luego se deja ver borracho en público, ¡qué bonito! Y la Irene tragando todo aquello sin avergonzarse; ¡como si la vida que llevaba conmigo no le hubiera enseñado nada!

Y, para que te enteres, los niños se dan cuenta y me respetan. Nunca hay barullo en mi clase, todos me aprecian y cuando veo a los jóvenes, con su pedagogía moderna y con tanto alboroto en clase me da la risa, pero no digo nada, ya que el



inspector lo aprueba. Todo se va a pique, pobre Léon, todo se hunde, pero hay que resistir...

Gabelou medio dormitaba, escuchando la cinta. Se levantó del sillón, se estiró y salió al pasillo a buscar otro café. Léon se había dormido y parecía todavía más viejo. Gabelou cogió una manta que estaba encima del archivador y tapó a Léon, que se sobresaltó, sin despertarse.

Todo estaba allí encima de la mesa: los modelos reducidos, las cintas, el hacha, y Gabelou estaba hasta los cojones. Bastaba pulsar una tecla para escuchar esa voz contando su infierno, todo era tan sencillo, cuadriculado, «limpio», como habría dicho el Culpable, todo enlazaba.

¿Para qué endilgarle más historias a ese pobre tipo? Ya sabían lo suficiente como para mandarlo de por vida a una cárcel o a un psiquiátrico de los duros, entonces, ¿para qué revolver la mierda?

Pero todo el mundo quería saber, tener la conciencia limpia, el Rompehuevos el primero, con la Compañía pisándole los talones; la Compañía, que no se resignaba a soltar el dinero. Gabelou estaba a punto de dejarse vencer por el asco, por la piedad y por su propio cansancio.

Llamó por teléfono a la sala Cuzco del hospital, pero comunicaba y no consiguió hablar. Entonces decidió salir. Despertó al policía de guardia, que estaba apoltronado en una silla al fondo del pasillo y le recomendó que vigilara al Viejo Léon, porque no sabía, nunca se podía saber qué era lo que iba a hacer.

Gabelou bajó las escaleras, con el abrigo por los hombros; dejó atrás el Quai de los Orfebres y atravesó el puente. La maciza silueta de Notre-Dame se erguía en la noche nevada, incongruente, erizada de gárgolas. Gabelou se estremeció.

A la entrada del hospital, un furgón de la policía esperaba, con su faro giratorio lanzaba destellos azulados que iluminaban los copos de nieve intermitentemente. Por fin se abrió la barrera de las urgencias y el coche desapareció. Gabelou entró en el hospital, saludando al pasar a los enfermeros de guardia que se afanaban en torno a una camilla. Sombras vestidas de blanco atravesaban los pasillos bajo la mirada indiferente de las lamparillas de neón. Uno o dos enfermos insomnes paseaban lentamente, en bata y zapatillas.

Gabelou fue hasta la entrada de la sala Cuzco. El Culpable había pasado por la tarde a la habitación de los operados pero todavía no había salido de la anestesia. Dos polis de paisano, metralleta al hombro, charlaban con los vigilantes de la sala. El día anterior dos atracadores habían sido sorprendidos en una sucursal del Banco de París y habían pasado un cuarto de hora bien jodido. Ellos también habían tenido que pasar por el hule a que les aligeraran la carga de balas que recibieron en el tiroteo.

El Culpable estaba al fondo de la sala, en un pequeño box, con perfusiones en las venas de los brazos y, en los orificios de la nariz, tubos de oxígeno.



Estaba irreconocible con aquel disfraz. Gabelou había visto fotos en el dossier. Era un tipo de cara un poco sosa, sin barba ni bigote, la frente calva ya, a pesar de sus treinta y cinco años. En su casa habían encontrado, en aquel desbarajuste, cápsulas de productos que pretendidamente combatían la caída del cabello.

Respiraba lentamente, acostado de espalda con los brazos estirados a lo largo del cuerpo. El interno de guardia vino a ver a Gabelou. Nada nuevo, el corazón resistía, pero en cuanto al resto, no se podía saber.

Gabelou suspiró pensando que quizá bastara dar un tirón a los tubos para recuperar la paz. A fin de cuentas, vida jodida, por vida jodida... ¡Por lo menos las cuentas quedarían arregladas! Pero no se hacen estas cosas, o sólo excepcionalmente...

Uno de los dos atracadores del Banco de París acababa de despertarse entre estertores; era insoportable. Gabelou dio las gracias al interno y salió de la sala Cuzco.

Ya fuera del hospital vaciló, preguntándose si podría volver a su casa y dejar al Viejo León allí solo.

Con paso cansado volvió al edificio del Quai de los Orfebres. Léon ya no estaba en el despacho.

Thierry Jonquet



La bella y la bestia

EL PALACIO



Gabelou corrió hasta el final del pasillo y se topó de frente con el guardia de turno.

—¿Dónde está León? —gritó.

—¿León? —farfulló el vigilante—, quiso ir a mear y lo acompañé, pero luego volvió a su despacho.

Gabelou agarró al tipo y echaron a correr hacia el patio.

—Bueno —dijo Gabelou—, hace menos de cinco minutos, no debe de andar lejos. No corre mucho. ¡Venga, vamos a buscarlo!

Reclutó a dos guardias más y les previno de que si no encontraban a León podían verse destinados a pueblos remotos...

Se dispersaron, en cruz, hacia el Palacio de Justicia, la plaza Dauphine y Notre-Dame. Gabelou atravesó el puente en dirección a la plaza Saint-Michel.

Eran cerca de las tres de la mañana y las calles estaban casi desiertas. Una pandilla de vagabundos medio desplomados sobre la rejilla de ventilación del metro, delante de Gibert-Jeune, saludaron a Gabelou con abundantes frases soeces. Les debía de haber tocado la lotería a juzgar por la orgía de botellas de vino peleón que tenían alrededor. Nevaba mucho y la nieve cubría la acera y los coches aparcados. Gabelou resbalaba.

«Esto es una putada —pensaba—, basta con que se las piren por una calle que no veo y desaparezca...»

Unos juerguistas asomaron por la avenida, uno de ellos tocaba la trompeta, otro un saxo. Debían de salir de un club de jazz y bebían champán a morro, chupando por turnos de la botella. Una mujer muy borracha, con un vestido de lame negro y zapatos de tacón alto, resbaló precisamente delante de Gabelou y cayó cuan larga era sobre una hilera de bolsas de basura alineadas delante de la puerta de una tasca griega. Pero el comisario miró para otro lado, se puso de puntillas para controlar la calle Huchette, León no estaba. ¿Se habría escondido tras la puerta de un garaje... o quizás estaría corriendo por la avenida, más arriba, hacia Cluny?

La tipa borracha se levantó protestando por la falta de educación de Gabelou; cruzaron algunos insultos. Gabelou les hizo un corte de manga a ella y a sus compañeros y los empujó para bajar por la calle Saint-Séverin, al azar; pero no se veía a León. Entonces, despacio volvió a los muelles, frente a Notre-Dame. De lejos vio al guardia responsable de la fuga de León, allí, al otro lado del puente. El tipo avanzaba pisando fuerte para luchar contra el frío. Se encontraron en la explanada de la catedral y, de pronto, reprimiendo un acceso de tos, el guardia señaló con el dedo el jardincillo que bordea Notre-Dame. La silueta del Viejo León se largaba en la noche orlada de blanco, saltando de seto en seto.

—Dios mío... —murmuró Gabelou.



Saltó la barandilla y corrió silenciosamente en persecución de León, quien por fin lo vio cuando llegaba al otro extremo del jardincillo.

—¡No hagas el pijo, León! —gritó Gabelou—. Voy a atraparte de todas formas... ¡Detente! ¿Dónde vas a ir? No hagas el pijo, no te muevas...

Gabelou casi había llegado y se miraban de hito en hito, a dos pasos el uno del otro. «No voy a sacar la pipa —pensó Gabelou—, es ridículo... ¡Pobre viejo!» León volvió la cabeza para medir la distancia que lo separaba del cruce, de las callejuelas de la isla Saint-Louis. Controló la altura del parapeto y finalmente decidió rendirse. Caminó hacia Gabelou.

Había un teléfono de socorro muy cerca y antes de cinco minutos un furgón de la policía fue a buscarlos. Gabelou ayudó a León a subir y, una vez llegados al Quai, lo llevó a su despacho.

Sin un gesto de protesta, con infinito cansancio, León ocupó su puesto en la butaca. Miraba a Gabelou de hito en hito con una mirada tan inexpresiva que era como preguntarse si realmente se sentía implicado en todo esto. Sí, sin duda, ya que había intentado fugarse. Gabelou le echó una bronca:

—No lo vuelvas a hacer, León, o lo vas a pasar mal. Si se te dice que te quedas aquí, te quedas aquí, ¿entiendes? Soy yo el que decide. Bueno. He ido a verlo al hospital, no está muy bien. Te llevaré mañana, si quieres, a saludarlo. Pero no intentes escapar. Te necesito...

«Me agarraron otra vez, tampoco tiene tanto mérito. A mi edad, con el dolor de riñones que tengo, no podía correr. Además nevaba y estaba la hostia de resbaladizo, sin contar con que estaba perdido en aquel barrio. Nunca he estado por esos sitios. Ya veía que estaba a punto de sacar el cacharro y a encañonarme; no es que mi viejo esqueleto merezca demasiados cuidados, pero de ahí a dejar que me peguen un tiro..., no, gracias. En Altay me dispararon una vez, los colegas de Gabelou, los que van vestidos todos de azul con cascos y escudos, fusiles y porras. Fue cuando las huelgas en la fábrica de coches y todo el mundo estaba en la calle, gritando y de repente empezó el baile, tornillos, adoquines y los otros no esperaron que acabara el chaparrón, ¡pam!, lanzaron ese humo que hace llorar. Yo lo estaba viendo todo un poco alejado y me cayó una lata de conserva con gas dentro. Me largué lo más rápidamente que pude pero no podía volver a casa porque el Culpable cerraba con llave. Estaba acorralado. Entonces fui al colegio, delante de las ventanas de su clase y me vio. Salió, en bata, dejando solos a los chavales y vino a abrirme. De buena me había librado. Y luego, a cubierto, me puse a mirar a los otros manifestantes desde la ventana.

»Por eso sé lo que significa que te disparen y a pesar de que Gabelou no es un mal tipo, a saber qué se le puede pasar por la cabeza a esa gente. Me podía haber matado, así, de madrugada, en la nieve y nadie habría ido a preguntar por mí, me habría tirado a un agujero, ni visto ni conocido, olvidado, León. Incluso Gabelou habría podido decir que lo había atacado, que estaba loco, hay que ser desconfiado.



»Así que me entregué y no me da vergüenza. Toda mi vida tuve que agachar la cabeza. Y mira por dónde me entero de que el Culpable sigue en el hospital, solo, desgraciado...

»Y eso que ya no tiene que preocuparse por nada, todo está arreglado. En casa se lo llevaron todo, les faltó tiempo. Parece que son unos jóvenes los que van a ir a vivir a nuestra casa.

»Porque el Culpable ya no va a necesitar piso. Gabelou va a buscarle uno. Comida, casa. ¿Habrá un sitio para mí?

»Y si Gabelou encuentra más pruebas de la Vieja, del Dependiente y del Chaval, dirán que el Culpable es un superculpable y yo un supercómplice y quizá tengamos derecho a un tratamiento de favor. A lo mejor es preferible confesar en bloque, decirles que sí, que fuimos nosotros, que somos unos criminales, pura escoria, ¡venga, enciérrennos! Ya que, por lo visto, con el Visitante no basta.

»Y eso que el Culpable lo cuenta todo en las cintas. Gabelou es un escrupuloso. Quiere cosas concretas. Debe de ser de origen campesino ese hombre.»

Sí, Gabelou tiene manazas de campesino. No trabajó la tierra mucho tiempo, sólo en sus años de juventud, antes de venir a vivir a París. Pero de esa época conservó su pesada manera de andar, los gestos sobrios, el silencio obstinado. Y las manos: grandes, sólidas, peludas, llenas de cicatrices y de cortaduras. Cuando va a su casa en Ventoux, repara su vivienda y se hace rasguños amontonando las piedras con las que va a construir los muros que acoten sus tierras; de dedos regordetes y de uña ancha no es el tipo de mano que se requiere para manejar los papeles superfinos de los archivos de la Policía.

Gabelou abre el dossier de la Vieja, se crispa pasando las hojas en las que están anotadas las declaraciones, se mancha al coger los calcos.

El dossier no es muy amplio. Hay una fotografía de la víctima, muerta el 5 de octubre. Un resumen de la autopsia, y algunos cotilleos recogidos entre los vecinos relativos a sus relaciones con el entorno. El primer folio es el informe trabajosamente escrito —a juzgar por las faltas de ortografía que salpican concienzudamente el texto— por el inspector Dufour, de guardia aquel día en la comisaría de Altay-II.

Dufour Jean Gabriel. Inspector 67843.

—constatamos que se presentan ante nosotros, el día de hoy Latros emilio nacidos el 18/7/34 en Setúbal (portugal) el cual, no hablando francés más que parcialmente, declara ser vigilante de edificio en la urbanización llamada de la Lilas Azules.



—el susudicho nos dice que en cumplimiento de una demanda hecha por la inquilina del inmueble núm. 12 de la calle Liberación, la señora (viuda) Louissette Mulier, realizó una inspección es el apartamento de la Señore Petir Mélanie que también vive en el 12, pero que no había ido al club de la tercera esad de la casa de ttodos hací dos o tre días...

—Le susodicho nos dice entonces que dscubrió el cuerpo de la señora Petit Mélanie en su habitación y inmediatamente avisó a los bomberos.

—fuimos a contrnuacion al lugar para constatar el fallecimiento de Petit Mélanie como consecuencia de un suicido con gas. Otros vecinos confirman haber llamado al servicio de limpieza por causa de los olores en el edificio, pero sin que acudieran hasta que el cuerpo fue descubierto.

—Hemos remitido el dossier al Sr comisario después de haber puesto bajo vigilancia la entrada de la casa de la Petit.

Dufour Jean Gabriel

Gabelou sabía que el dossier no había llegado al comisario y que, probablemente, el mismo inspector había expedido el permiso de inhumación. La foto de la Vieja era reciente; la Casa de Todos de Altay-II había organizado un banquete de la tercera edad durante el cual la vieja gasófila se había hecho una foto, que además salió en el periódico municipal. Dos o tres extractos de cuentas bancadas grapados a la foto indicaban que la Vieja, sin nadar en la abundancia, no tenía problemas en cuanto a su subsistencia. La pensión de viudedad, más su jubilación de vigilante de las Galerías Lafayette cubrían con creces sus pequeñas necesidades, y así lo había confirmado el sobrino de la señora Petit, único miembro de la familia que vivía.

Gabelou releyó el resumen del examen realizado por el médico avisado por el inspector Dufour. Se limitaba a constatar la muerte a consecuencia de haber inhalado gas ciudad y precisaba, además, que la suicida gozaba de bastante buena salud.

Luego, después del circo que organizó el Rompehuevos, Gabelou decidió que se le hiciera la autopsia y hubo una escena parecida a la de la inhumación del Chaval. No fue necesario en este caso desplazarse muy lejos ya que la señora Petit dormía bajo una sólida losa en el cementerio de Thiais.

Les había salido redondo, después de abrir a diestro y siniestro despedazando sin pudor, no habían encontrado más que pulmones con los alvéolos llenos de gas. Ni una señal de golpes, nada que pudiera sugerir una pelea.

Y el Culpable no paraba de carcajearse en esa cinta, la 12, que puso Gabelou. Y Léon, que estaba profundamente dormido, roncando suavemente, se despertó.



Léon, Léon, Léon... Casi nos pilla, esa piltrafa, carroña, basura. Pero no pudo, ¡nosotros somos más fuertes, amigo! Nunca me gustó. Incluso en los tiempos de Irene me miraba mal. ¿Sería una bruja? Igual tenía muñecos con agujas clavadas para hacer magia negra... Y de noche volaba en una escoba por encima de la fábrica Citroën, y su vieja falda revoloteaba y se podían ver sus piernas viejas, llenas de varices. ¿No me crees, Léon? Tienes razón, lo digo en broma. Pero también hay que divertirse de vez en cuando. La vida, después de todo, no es tristeza, es alegría. ¿Ves como nosotros dos, desde que enfrié a Irene, esa arpía, estamos tranquilos? A tu salud, a la tuya Léon, a la tuya, amigo, sin las putas mujeres todos seríamos como hermanos... ¿Conoces esa canción? No importa, la viuda Petit era vigilante de la sección de ultramarinos finos en Galerías Lafayette: ¡Venga, Léon, vamos a cantar! La tendera, la tendera es una hechicera.

La vi, la vi cabalgando sobre su escoba. Espera, Léon, espera...

De la cinta salían de repente ruidos extraños y luego la voz de Charles Trénet sonó en la habitación cantando «La tendera» mientras el Culpable seguía charlando con Léon.

¡Yendo sin detenerse a la cita con el Diablo que la esperaba!

Sí, Léon, el Diablo, ¿te acuerdas de sus ojos amarillos, de sus manos ganchudas?

En el fondo de un abismo había muertos ardiendo en azufre...

Nunca jamás nos volverá a espiar ese demonio... Era amiga de Irene, como es lógico. Vino a tomar el té dos o tres veces. Irene incluso le dio unos trabajillos de costura. Manoseó mis camisas con sus viejas uñas mugrientas. ¡Y con esas uñas, Léon, hurgaba en las crines de Belcebú! ¡Vamos, Léon, no pongas esa cara, canta!

*«¡La vi en un armario, de túnica y toquilla negra
Sacando la lengua delante de una palmatoria!
Cuando ríe en el fondo de la Iglesia
Cuando se encarama a lo alto de las torres
¡Comprende lo que le dicen Los buitres!»*



Léon, me das lástima, ahí enfurruñado en tu rincón. Te digo que la vieja está muerta. ¿Querías haber venido conmigo? ¿Es eso? Pero era imposible. Léon, había que actuar con mucha discreción. Cuando salí de su casa a punto estuvo de verme otra abuela, la presidenta del club de viejas. ¡Me miró de una manera más rara! Espero que no vaya a decir ninguna tontería. ¡Afortunadamente tengo muy buena reputación! Y si hubieras venido conmigo a borrar del mapa a esa carroña, habríamos hecho ruido, sobre todo tú, perdona, pero no eres muy ágil, además el gas te da miedo, lo sé de sobra. ¡No se dio cuenta de nada!

«Buenos días señora Petit... sí, soy yo, vengo a traerle un pantalón para que me haga el dobladillo.» La mala pécora me preguntó si no era demasiado duro vivir sin Irene. Si hubiera sabido esa imbécil lo que hice con la arpía con la «que vivía tan bien». Léon, ¡deja de mirar todo el rato para la cocina! Está clavado, no se puede abrir. En el congelador debe de estar como una reina. Su bella piel, tan suave, estará cubierta de cristalitos de hielo: ¡Un vestido de princesa! Lo mejor del congelador, ¿te das cuenta, Léon?, es que conserva. A lo mejor algún día tengo ganas de volver a verla. No, no será mañana, tienes razón. Pero me agrada la idea de que la tengo siempre a mi disposición. Intacta. En un bloque.

La abuela Petit, con esa piel arrugada, no merecía la pena, ¿eh, Léon? Y además no hay sitio en el congelador, ya no fue fácil meter a Irene, tuve que forzar un poco, creo que le rompí una pierna. ¡Ni hablar! Y además, habría que despejar alrededor de la cocina. ¿Tú querías que la conserváramos, Léon?

¿Quieres saber cómo lo hice? Pues bien, te lo voy a decir, le conté la historia del dobladillo del pantalón y una vez en su casa, ¡zas!, golpazo en la cabezota, la cojo, la dejo en la cama, le coloco la foto del marido entre las manos y, ¡ya está! Sólo quedaba abrir el gas.

«Pom, pom, pom en su escoba
Y el Diablo, ahí arriba,
La esperaba.»

No temas, Léon, no dijo nada a nadie, creo... ¡Qué cara más triste tienes hoy! ¿Es porque estoy haciendo el bobo? ¿Quieres que me ponga serio? Bueno.

Sí, lo confieso, maté a la señora Petit para que no volviera a meter sus sucias narices en mi casa. Ya no se puede estar tranquilo ni en la propia casa, por eso hice justicia. Fui a casa de la Petit, la golpeé y abrí a tope la llave del gas. Soy culpable.

Si todo el mundo hiciera lo mismo que yo, mejor iría la situación económica, porque, ¿quién alimenta a los viejos? ¡La población activa! Y yo, por ejemplo, cotizo para una pensión complementaria y así nadie tendrá que cargar conmigo más tarde.

No estés triste, Léon, no lo digo por ti. Tú trabajaste toda tu vida en la granja, pero no cotizaste, nadie se ocupó nunca de ti. Y además, no eres un inútil, me haces muchos servicios.



La Vieja, no, no sólo se dejaba alimentar por la población activa sino que además se embolsaba la pasta del municipio, que siempre está tirando el dinero en subvenciones al club de la tercera edad. ¿Dónde está la moral, León, en todo esto? Tú, pobre viejo sin recursos, sin hogar, y ella, la tendera, la bruja, podrida de dinero, viviendo como una reina? ¿Dónde está la justicia, León?

Mira, vas a ayudarme, vamos a desescombrar el Cañón. ¡Admira mi pueblo! Doce casas con sus arbustos, el paso a nivel, el Ayuntamiento. Falta la gente, ¿no? El sábado por la tarde iré a París a comprar dos o tres cajas. Vendrás conmigo. Venga, vamos a empujar esto.

¡Pero mira qué maravilla! Junto con los otros parece una auténtica ciudad, ¿eh, León? Voy a clavar unos listones, para que se sostengan las bolsas, porque si no van a acabar cayendo sobre los trenes. Apártate, León, que lo lanzo a toda velocidad. ¡Camina, camina, magnífico! ¡Cuidado, estás pisando un raíl! ¡Ya está... ya vuelve!

Recuérdame que compre clavos, hay que apuntalar un poco en el pasillo si no todo se va a hundir. Y también aislante, voy a anotarlo para que no se me olvide, porque ya chorrea un poco por el papel. Hay que tratar de que no estropee la escayola. Mañana limpiaré todo esto...

Gabelou abrió una gruesa carpeta llena de fotos. Negativos tomados en el apartamento del Culpable antes de que los servicios sanitarios lo limpiaran. La ciudad de maquetas que el Culpable había instalado en el Cañón era muy bonita. Un batiborrillo de callejuelas de plástico, de pequeños coches, de camiones, incluso un sistema de alumbrado compuesto por minúsculos faroles. Todo ello alrededor de la estación; los trenes se paraban allí automáticamente, dirigidos desde el salón donde el Culpable había instalado los transformadores, el puesto de mando que ordenaba la circulación de aquella red cuyas ramificaciones se extendían por todo el apartamento.

Los faroles de la ciudad ya no funcionaban. Las bolsas de basuras rezumaban y una de ellas se había roto, derramando sobre los hilos un jugo hediondo que había corroído las fundas protectoras.

Una de las fotos abarcaba todo el pasillo —lo que el Culpable llamaba pomposamente «el Cañón»— en perspectiva. Ya sólo quedaba un túnel de una altura de 60 centímetros bajo el cual pasaban los trenes y que León tenía que saltar para llegar a su habitación. El Culpable, sin duda, también le había usurpado este estrecho camino porque el «circuito americano», en la habitación de León, tenía indicios de reparaciones muy recientes. La pared superior del túnel estaba hecha con listones clavados a la pared o apoyados en una viga que iba de un extremo a otro del pasillo. Por encima y hasta el techo se amontonaban las bolsas. Bajo el techo del túnel, a distancia fija, unas bombillas alumbraban lo suficiente como para ver la evolución de los trenes. También allí, en los últimos tiempos, las bolsas habían



rezumado y habían provocado cortocircuitos. Gabelou clasificó las fotos y volvió al informe de autopsia relativo a la señora Melanie Petit.

«Se han detectado señales de golpes en la parte superior del cráneo o en región vecina. La parte superior del parietal derecho presenta señal de un golpe, pero es imposible precisar el grado de anterioridad —varios días o algunas horas (¿incluso minutos?)— de esta contusión en relación con el fallecimiento. Son a señalar estas reservas teniendo en cuenta la fecha tan tardía en la que se practicó la autopsia y el avanzado estado de descomposición del cadáver...»

—Pues sí que avanzamos, ¿eh, Léon? Así que, según lo que él dice, no quiso llevarte a casa de la Vieja... ¿Tú querías ir? Podrías decírmelo, no va a agravar tu situación...

...en su casa, ¡zas!, golpazo en la cabezota, la cojo, la dejo...

Gabelou rebobinó la cinta para escucharla una vez más.

...la historia del dobladillo del pantalón y una vez en su casa, ¡zas!, golpazo en la cabezota, la cojo, la dejo en la cama, le coloco la foto del marido entre la manos...

Evidentemente, pensó Gabelou, era muy tentador. No se podía soñar con confesiones más rotundas, más estruendosas. Pero, desgraciadamente no bastaba.

Gabelou echó una ojeada a las declaraciones de los amigos de la señora Petit, la pandilla de jubilados asiduos a las veladas de la Casa de Todos.

Tenía un dossier lleno, eran muy repetitivos esos comadreos, ¡parecía que se habían reunido para hacer un comunicado conjunto!

«Pregunta.— ¿La señora Petit era depresiva?

Señor Jingrat (secretario del club).— ¡Oh, no! No necesitaba que nadie le subiera la moral...

Pregunta.—Sin embargo había intentado suicidarse hacía diez años, ¿no?

Señor Jingrat.— Pero eso ya estaba olvidado... ¡Agua pasada!

Pregunta.— ¿Usted no cree que se haya suicidado?

Señor Jingrat— No, no. Fue ese asesino quien lo hizo, ¡seguro!

Pregunta—¿Qué opina del suicidio de la señora Petit?



Señorita Louise Mulier—¿Suicidio? ¡Eso son inventos! Cuando no la vi en el club fui a avisar al vigilante, el portugués, para decirle que algo anormal pasaba...

Pregunta.—¿Y usted sabía que ya había intentado suicidarse en otra ocasión?

Señorita Mulier.— Oh, sí, pero eso es algo viejo. Hace diez años. Nunca lo habría vuelto a hacer, es ese loco el que la mató, ¡ha sido él!»

Toda aquella gente prorrumpía en imprecaciones contra el Culpable. Y eso que el cadáver del Visitante había sido descubierto hacía muy poco. Y la muerte de la señora Petit se remontaba a tres meses antes. En aquel momento nadie había sospechado nada, nadie había rechistado al enterarse del suicidio de la Vieja.

Fue retrospectivamente cuando los habitantes del barrio se pusieron a recordar encontrando, sepultados muy hondo en un pliegue dudoso de su memoria, una anécdota, un detalle, una minucia destinada a echar encima del Culpable. Como siempre. Quedaban las secuelas de un traumatismo en la cabeza... Pero la Vieja bien podía haberse golpeado contra una pared tres días antes de su «suicidio».

«Sí, palabra de aldeana, hay que desconfiar de los chismes, de las habladurías, de los malintencionados que murmuran siempre dispuestos a ensañarse contra los que no son como ellos. Y conozco montones de gente así, yo, Léon, que sufrí tanto por la maldad de los hombres.

»Sobre todo los viejos del club. Había que ver cómo los camelaba el Rompehuevos. Quería que declararan lo que le convenía y entonces les soplaba al oído las peores patrañas acerca de nosotros. Según él, Gabelou no lo sabía todo, éramos auténticos demonios y nunca se podría llegar a precisar la cantidad de gente que matamos, eso sí, por la Vieja, el Dependiente y el Visitante teníamos que pagar... ¡A la horca, a la guillotina!, babeaban de rabia los viejos del club, y cuando me veían pasear por los alrededores (porque Gabelou no me encerró inmediatamente, en un principio dijo que yo era inocente), por el pueblo, me tiraban piedras gritando que estaba maldito, ¡un pobre viejo como yo! Y, sin embargo, soy como ellos. Todos somos igual de feos cuando envejecemos. No por tener más pasta se es más guapo. De acuerdo, yo no soy muy presentable pero hay que tener en cuenta la vida que llevé. Nunca nadé en el lujo, a mí nunca me dejaron entrar en la sección de ultramarinos finos de las Galerías Lafayette.

«Vagabundeaba, ya no tenía donde meterme y alguien podía darme un palo, entonces Gabelou dijo a sus esbirros: "Trincad a Léon."

»Y no es porque Gabelou haya estado correcto conmigo por lo que voy a tener que ayudarlo en su trabajo; ¡que se arregle solo con sus papelotes!



»Y además la Vieja no me gustaba nada. No es que la odiara, pero pretender que éramos amigos, amigos, sería una trola. Me miraba por encima del hombro, ella también. Con su boca de culo de gallina y sus uñas pintadas. Comprendo que el Culpable se haya puesto nervioso. Era una auténtica provocación aquella vieja. La conocía de antes, de cuando el Culpable y yo todavía no éramos amigos. Ella siempre vivió en Altay y me acuerdo perfectamente de la cara que me ponía cuando tenía que pedir para poder comer algo.

»Y no sería ella quien me diera un mendrugo de pan, que bien rácana era. Cuando fui a vivir a casa del Culpable, por fuerza, éramos vecinos. Nosotros vivíamos en el último piso, en el quinto, y ella ocupaba el apartamento de la izquierda en el tercero...

»La encontraba en la escalera y nunca me dio los buenos días, yo ni despegaba la boca. Una vez la empujé, sin querer, y me dio un montón de bastonazos gruñendo que había despertado su dolor de rodilla — artrosis— maltratándola de ese modo. No, juro que...

»En fin, en resumen. Voy a dejar de cargar contra ella porque van a acabar creyendo que salió de mí la idea de suprimirla.

»Nada de eso, fue el Culpable. Fue él quien lo hizo. Lo dice él mismo. A él tampoco le caía bien y ese rencor venía ya de los tiempos de la bella Irene.

»La Vieja estaba intrigada, ya no veía a la arpía, a la veneno. Sin duda echaba en falta la compañía de la víbora. Y la vida de soltero del Culpable le interesaba enormemente. Sobre todo desde que me había reclutado como acólito. ¿Qué película se imaginaría en su cabezota? ¿Que nos pasábamos la noche de juerga, que traíamos chávalas a casa y que las trajinábamos, raca, raca...? Ese tipo de ideas son las que puede tener en la chola una vieja chocha. El domingo la veía desde el balcón ir a misa con su sombrerito cubierto de uvas de madera y de hojas de eglantina de tela, su misal bajo el brazo, su paso rápido, las nalgas bien apretadas, ¡como si alguien fuera a morderle el trasero!

»En resumen, que nuestras relaciones se deterioraban. Al final, cuando la encontraba en la escalera, ¡puff!, me tiraba un buen pedo, justo al pasar delante de ella. Me llamaba viejo asqueroso, pero el bastón sólo lo caté una vez, la primera, después, podéis creerme, ya podía agitarlo con la mano que yo ya sabía cómo evitarlo.

»Así es que nos espiaba detrás de las cortinas, cuando salíamos a pasear los dos, el Culpable y yo. Y a él le dedicaba de todas formas sonrisas melosas, "querido señor" por aquí, "querido señor" por allá...

»Y vino a casa un día que el Culpable no estaba... Había ido a una reunión de su sindicato para solidarizarse con los huelguistas de la fábrica Citroën. Como es lógico iba a llegar muy tarde. En casa el problema ya era bastante importante. Las bolsas se habían amontonado primero delante de la puerta clavada de la cocina, luego habían llegado hasta el salón, habíamos puesto también en mi habitación dejando un pequeño sitio para que yo pudiera dormir y para que el tren pasara. Y el Culpable había empezado a construir el puente de madera en el Cañón. Eso le había llevado



todo un sábado y un domingo de esfuerzos sudando la gota gorda. Yo, por aquel entonces estaba un poco pachucho y tuve que dormir para recuperarme. El Culpable estaba nervioso pues tenía miedo de que la lata llena de gas que me habían tirado a la cabeza durante la manifestación hubiera hecho algún destrozo en mi cabeza. Y el domingo por la noche, cuando el puente estuvo terminado, hicimos una comilona para festejarlo. Luego subimos una montaña de bolsas rojas y azules hasta el techo. Era una buena solución. El puente fue una gran ayuda durante dos o tres semanas, pero luego las bolsas nos invadieron de nuevo. ¡Hasta el salón llegaban las muy asquerosas!

»En fin, no fue la catástrofe lo que vino a continuación, pero era un anuncio. Yo me decía que tenía que hablar con el Culpable acerca de las bolsas, obligarlo a que bajara algunas por lo menos, no todas, naturalmente, que hubiera sido un trabajo enorme, pero bueno, dos o tres de aquí, de allá. Yo lo intenté una vez pero se había cabreado tanto gritándome: "¿Adonde quieres ir a parar, León, eh?", y chillando: "¿Quieres quitarlo todo para que vean a la arpía? ¿Es eso...?" Cosas por ese estilo; entonces preferí no insistir. No íbamos a enfadarnos por una bobada de bolsas y de mujer muerta...

»Entonces, cuando el Culpable estaba en la reunión para apoyar a los huelguistas, llaman a la puerta. Yo estaba muy preocupado. Hay que decir que en casa se entraba al vestíbulo y todas las habitaciones daban allí, excepto el cuarto de baño que daba a la habitación del Culpable. El vestíbulo estaba limpio, no había bolsas, el único desorden eran las maquetas, los raíles y las estanterías para las locomotoras y los vagones que, como es lógico, no íbamos a poner con las bolsas.

»Entonces llaman a la puerta y voy a ver. Y oigo a la Vieja hablando sola en el descansillo. Pataleaba, irritada, se notaba por la voz. Entonces, ¡desgracia!, se le ocurrió la idea de empujar la puerta y la puerta se abrió. De narices, nos encontramos los dos de narices. La miré de mala manera y se largó. Cerré la puerta. Volvió. Pero no insistió, debí de acojonarla, sólo deslizó un papel por debajo de la puerta. Oí cómo se iba por la escalera trotando sobre sus tacones afilados, resbaló en un escalón y me dio la risa. Cuando el Culpable volvió de apoyar a los huelguistas le enseñé el papel y en seguida se dio cuenta de que era la vieja del tercero la que lo había traído; ella lleva los recibos de alquiler, en vez del vigilante, en nuestro edificio. Yo no podía saber lo que decía el papel, porque no sé leer, y a mi edad ya es un poco tarde...»

Así que ha venido la Vieja... León, tráeme las gafas, por favor, sí ahí en el sillón. Gracias. Esa piltrafa. Quería ver a Irene en el congelador, hice bien escondiéndola con las bolsas... Si no, la habría visto. Y prohíbo que nadie vea a Irene. Está muy bien donde está. En fin, León, hiciste bien echándola. Oh, querido señor, me dijo ella, he ido a su casa pero estaba León y no entré, imagínese, me da miedo. ¿Te das cuenta, León? ¡Te tiene miedo! Ay, ay, pillín, viejo verde... ¿No habrás intentado...? ¡Pillín! ¡Pillín!

Bueno, bueno, bueno, o sea que ha venido...



Gabelou había tomado nota de la declaración del vigilante del edificio, el nativo de Setúbal, Latros Emilio, que confirmaba que la señora Petit lo ayudaba en sus tareas, que consistían, entre otras cosas, en recoger los talones del alquiler.

La hipótesis era lógica: la Vieja había ido a casa del Culpable, había visto los montones de basura y él, para evitar complicaciones, la había suprimido, simulando un suicidio.

—¿Es cierto eso, Léon? —preguntó Gabelou—. Se cargó a la Vieja? Sabes que no hay ninguna prueba, no robaron nada de su casa y nada nos hace pensar que la hayan golpeado antes de abrir la llave del gas. ¿Esperar a que se durmiera? Vamos..., si cerraba siempre la puerta...

El Rompehuevos no se desanimaba con este argumento. Afirmaba que el Culpable tenía un doble de las llaves. Además, los amigos de la Vieja, en el club, decían que las perdía muy a menudo. El llavero estaba en la mesita de noche, a su lado, cuando la habían descubierto. Pero esto no permitía determinar si la cerradura había sido cerrada desde dentro por la señora Petit o desde fuera por el Culpable, que era muy habilidoso con las manos, como demostraba la minuciosidad con la que confeccionaba sus maquetas. Fabricar una llave maestra estaba dentro de sus posibilidades...

«Todo se complicó una tarde. Había acabado las clases y habíamos ido a dar un paseo y al volver, ¿qué es lo que vemos en el hall de la casa? ¡Polis por todas partes! Ya me imaginaba que íbamos a tener problemas a cuento del congelador, pero no, se trataba del tercero, la Vieja se había suicidado.

«Subimos a casa y allí, el Culpable se puso a reír dándome palmadas en la espalda. Sacó cerveza para celebrar el acontecimiento. Yo no entendía gran cosa: muerta la Vieja ya no podría chismorrear acerca del jodido congelador, un punto para nosotros, pero... "Precisamente, Léon, precisamente —dijo mi amigo—, le tomé la delantera."

Comprendió, por mi cara de extrañeza, que no me había enterado muy bien de la situación.

"La historia del dobladillo del pantalón, Léon, una vez en su casa, ¡zas!, golpazo en la cabezota, la cojo, la dejo encima de la cama y le coloco la foto del marido entre las manos..."

»Yo estaba contento e inquieto a la vez. Se acabó la Vieja, se acabaron los bastonazos. Pero el Culpable tenía que seguir siendo avisado, bueno, hacía progresos: para Irene no había encontrado nada mejor que el congelador y las bolsas para esconder el congelador, pero para la Vieja, ¡bravo!, nadie vendría a reclamar. Lo que no me acababa de gustar eran sus sesiones de magnetofón. Tenía

Thierry Jonquet



La bella y la bestia

que confesarse para que se supiera todo cuando los dos estuviéramos muertos... Yo quiero ser comprensivo, pero no me parecía muy prudente confesar así...»



Gabelou oyó un estrépito como de galope, puertas cerradas de golpe, gritos. El silencio de la noche acababa de quebrarse en el Quai de los Orfebres y Léon se despertó bruscamente. El pobre viejo se preguntaba si podría dormir en paz alguna noche de las que le quedaban de vida...

—No te muevas de ahí, Léon... —dijo Gabelou—, voy a bajar a ver de qué se trata.

Los cow-boys de la brigada antimalhechores volvían de su expedición al territorio apache: chaquetas de cuero, vaqueros desflecados, cabellos alborotados y el pistolón a la cintura, ¡puro folklore! La caza había sido buena. Los inspectores empujaban ante sí toda una caterva de chorizos que caminaban con los brazos en alto.

Gabelou contempló cómo desfilaban unos tras otro meneando la cabeza. Ya no tenía edad para esas bufonadas. Uno de sus colegas comisarios lo vio apoyado en una esquina del pasillo.

—Hola, Gabelou... ¿Qué tal Léon? —le preguntó.

Todos estaban al corriente de la extraña complicidad que existía entre el comisario y su testigo. Todos habían visto a Gabelou, cargado de víveres destinados a Léon, encerrarse en el despacho con él... Sabían que no paraba de escuchar las cintas del Culpable y su encuesta era muy comentada en los diferentes servicios, sobre todo después del torrente de acusaciones de incompetencia que el Rompe—huevos había conseguido suscitar en la prensa...

—Léon está bien, incluso muy bien... —refunfuñó Gabelou, dando la espalda a todo aquel barullo.

De vuelta a su despacho se dio cuenta inmediatamente de que Léon no estaba nada bien, como si la evocación de su estado de salud hubiera sido nefasto: mal de ojo, maleficio pronunciado por una bruja, habría dicho el Culpable.

Léon respiraba con dificultad. Bajo la manta, su pecho se agitaba sospechosamente y su garganta emitía un silbido ronco a cada expiración.

Gabelou suspiró profundamente. Los otros polis, en el piso de abajo, se las veían con el hampa mientras él enmohecía en su despacho con Léon... En vez de peligrosos rufianes tenía que conformarse con un testigo achacoso y doliente. Y, para colmo, estaba encariñándose con él.

Léon se revolvió un poco, abrió un ojo y fijó en Gabelou su mirada glauca. El comisario se estremeció. La vejez de Léon, sus rasgos descarnados, su mutismo obstinado de anciano hostil medio despegado de la vida le provocaron un difuso malestar. Léon era el embajador del tiempo pasado que controlaba el contador de los años transcurridos antes que caiga el telón... Abajo, decrepito, embotado, desgastado por el uso, Léon tenía la paciencia orgullosa de los viejos que, sentados en un banco, miran cómo se vacía el reloj de arena acechando el paso del último grano.

—Bah... —gruñó Gabelou.



Luego abrió el armario en el que guardaban las botellas sobrantes después de cada festejo. Un fondo de coñac había sobrevivido de la jubilación de Redotat, un colega. Se sirvió un buen trago en el vaso de plástico donde todavía había restos de café. Era un sacrilegio estropear ese coñac cortándolo con el poso del insípido brebaje que segregaba la máquina emboscada en una esquina del pasillo, pero a Gabelou le daba pereza ir hasta el despacho de al lado a buscar un vaso de verdad. Era fuerte, del auténtico. Se sirvió otra ración que esta vez sorbió poco a poco. Se lo dio a oler a Léon pero éste apartó la cara de la botella con un gesto de desprecio.

—Ah, sí, había olvidado que sólo estás abonado al tintorro. No te muevas, vuelvo ahora.

Y fue a molestar una vez más al guardia para preguntarle si por casualidad él o uno de sus compañeros no tendrían por algún sitio un poco de vino. El guardia vaciló antes de protestar pero cambió de opinión. Había cometido la sandez de dejar que el testigo se le escapara dos horas antes y esa negligencia había puesto al jefe fuera de sí: era mejor obedecer. Se fue arrastrando los pies a buscar una botella de Préfontaines a la sala destinada a los guardias de noche.

Gabelou ofreció a Léon un vaso medio lleno y éste aspiró el aroma del vino con mucha más benevolencia... Frunció la nariz, se le aclaró algo la mirada y, por fin, se decidió a probar el néctar. Se estremeció al principio por la acidez y luego, cuando el vino se deslizó hasta el fondo de sus entrañas, eructó de satisfacción, embargado de agradecimiento hacia Gabelou que volvió a llenarle el vaso hasta el borde.

«Fue el Culpable el que me hizo alcohólico. Antes, ni una gota, ni tan siquiera cuando estaba en la granja. Gracias a ello he podido llegar a viejo con buen pie y buen ojo.

»Una tarde, la primera, cuando me instalé en su casa después de que se hubiera cargado a la arpía, se sirvió whisky en un vaso grande y glu, glu se lo traga y se pone a cantar: "Es de los nu-nuestros, pilla la tajada como nosotros." Léon, me dijo, bebe conmigo... Yo no quería porque sé de sobra a dónde lleva el alcohol. Al hijo de mi hermano lo aplastó el tractor del patrón de la granja en la que trabajaba por culpa de la curda que llevaba el chaval. Yo era muy joven y me impresionó mucho aquel cuerpo todavía caliente aplastado por la enorme rueda. En la carne se veían las marcas del caucho. Y desde entonces me asqueó el vino. Pero aquella tarde el Culpable insistió tanto que acabé cediendo y ahora tengo vicio de viejo. Nunca pimplé en toda la juventud pero hoy no le hago asco a un vaso de vez en cuando. A mi edad, tampoco corro muchos riesgos y además ahora, que quizás acabe mis días en la cárcel, sería una estupidez hacerse el estrecho con una pequeña alegría.

»¡Y cómo le pegábamos el Culpable y yo...!

»Él trataba de controlarse porque una vez que la pilló le temblaban las manos y para sus maquetas no era nada práctico. Lo pegaba todo al revés, se equivocaba de pintura y todo eso es muy pequeño y hay que tener el ojo atento y el pulso firme, si no queda hecho una birria.



»Luego yo me habitué a mi ración diaria. Quitaba las penas. Cuanto más arriba llegaban las bolsas, primero un metro, luego dos, hasta el techo; la cocina, el salón y mi habitación y la del Culpable —ya no nos quedaba casi nada de sitio para estar—, más me aficionaba al vino. Con un cuartillo en la tripa no pensaba demasiado en el momento en el que habría que abrir la puerta, despejarlo todo y abrir el congelador...

»El Culpable también bebía, pero sin perder el juicio. Es un tipo muy juicioso. Ordenado, limpio y juicioso. Su vino son las maquetas, las locomotoras, los vagones... Espero que en la cárcel pueda por lo menos tener un pequeño circuito. De otro modo se va a hundir, lo sé.

»Pero yo, como es lógico, no iba a jugar con los trenes. Entonces, pimplaba. Además, cuando metí la nariz en el vino no olía las bolsas. Al principio todo estaba aislado pero luego, cuando fermentó, cuando todo maceró durante semanas y semanas, se produjo gas. Y por mucho que el Culpable atara las bolsas con doble vuelta, daba igual, porque las emanaciones se abrían paso a través de las bolsas. Es como el estercolero que teníamos en el patio de la granja. Cuando hay demasiado, hay demasiado y el olor penetra en todas partes.

»Bebía tintorro y miraba cómo pasaban los trenes. Al principio me resultaba más bien indiferente pero luego el Culpable consiguió contagiarme su pasión. Mirábamos cómo funcionaba el circuito, sentados en el suelo el uno al lado del otro. Los convoyes de viajeros, los trenes de mercancías con todos los vagones, los rojos, los blancos... Los raíles pasaban zigzagueando por entre las bolsas. El Culpable las cubría con pósters de paisajes: de montaña en el gran Cañón y justo antes de llegar a mi habitación se podía ver el mar, bueno, al principio, porque después construyó el túnel, que era muy práctico para amontonar las bolsas. Son bonitos los trenes... Yo subí al tren una sola vez. Era joven. El de cercanías sí lo cogí a menudo con mi compañero, el Culpable, cuando lo acompañaba a París a comprar pinturas o calcomanías habríamos estado los dos en Stuttgart en Semana Santa, en el Salón Internacional de Maquetas. Me lo había prometido. Pero no podrá llevarme... Y, ¿qué queréis? Nunca iré solo.

»Y allí lo tenéis, en el hospital, sufriendo en la cama mientras yo me bebo el tintorro de Gabelou; ah, soy un canalla, todo es culpa mía, es lo que pienso a veces... Sí, de lo de la Vieja, nadie puede acusarme, pero de lo del Dependiente no puedo sentirme orgulloso.»

«Pregunta.—¿Léon venía a menudo a hacer las compras?»

Señor Bandret (dueño de la carnicería).—Sí, muy a menudo. Lo conocíamos. Venía a última hora de la tarde.

Pregunta.—¿Lo atendía usted personalmente?»

Señor Bandret.—Yo o mi mujer o el Dependiente. De todas formas no era complicado. Siempre pedía los filetes de redondo o babilla. Uno para Léon y otro para el otro sinvergüenza...»



Gabelou abrió al azar el dossier del Dependiente. Cronológicamente era el segundo: después de la Vieja y antes del Chaval. Una foto de carnet de identidad, dieciocho años, un poco gordo, sonrosado, alimentado con buena carne y aspecto de no haber descubierto el Mediterráneo, esa era la impresión que se sacaba a primera vista.

Sin duda aquel joven no era una lumbrera, pero quizás hubiera mejorado con los años si le hubieran dejado. Murió exactamente un mes después que la Vieja: el 5 de noviembre...

—Eh, Léon —dijo Gabelou—, seguro que se habría tomado un trago de esa botella el jovencito. ¿No? ¿Quieres otro vaso? Cuidado, Léon, bebes demasiado. Nunca vi cosa igual— Las fotos que acompañaban el informe de la autopsia eran las más elocuentes. El coche lo había cogido en el momento en que estaba agachado delante de la bici para ponerse las pinzas en el pantalón o para ajustar el cambio, no se sabía con exactitud.

El Dependiente había acabado de trabajar en la carnicería hacia las 19,45 y se disponía a volver a su casa. Vivía en casa de uno de sus tíos, en el centro del Altay viejo. Todas las mañanas y todas las tardes pedaleaba a lo largo del trayecto, lloviera o venteara.

La defensa había golpeado el brazo a la altura del húmero, luego, en la misma horizontal se había incrustado en el tórax, embutiendo las costillas hasta el punto de dejarlas de forma cóncava. La bici estaba apoyada contra un muro y el Dependiente quedó como un bocadillo. El pedal penetró en la región lumbar, rasgando el riñón izquierdo, aplastando a su paso el borde superior del hueso ilíaco. El coche a continuación dio marcha atrás, pero el bloque de carne y metal formado por la bicicleta y su propietario había quedado enganchado a la reja del radiador antes de ser proyectado a la calzada. Era una bici de carreras. El Dependiente salía los domingos por la mañana a dar largos paseos. En el cuadro colgaba una cantimplora de plástico rodeada por dos anillas. Al marcharse, la parte delantera del coche aplastó la bici y los radios de las ruedas no resistieron. En el momento del accidente, la cantimplora de plástico estaba llena de Fanta de naranja. El Dependiente recibió un chorro azucarado en plena cara sin que se pueda saber si aquello endulzó su agonía, por otra parte muy breve.

El asfalto de la curva anterior a la carnicería estaba cruzado por rodadas negruzcas. Los neumáticos habían rechinado con el frenazo, justo antes de que el conductor chocara contra la pared. El oficial de ayuda en carretera encargado del atestado declaró, después de observar detenidamente las señales de los neumáticos, que el vehículo circulaba por lo menos a cien por hora y que había atropellado al Dependiente aproximadamente a sesenta por hora.

El asunto fue más o menos archivado hasta que descubrieron al Culpable semiinconsciente, a Léon en muy mal estado y al Visitante totalmente frío en el apartamento de la ciudad de las Lilas Azules. El Rompehuevos había robado una cinta y, para colmo, uno de los ayudantes de Gabelou declaró a la prensa que había muchas más. Se dijo de todo acerca del contenido de las cintas. El Rompehuevos,



sin esperar más, cantó victoria. Representaba al seguro del dueño de la carnicería. Si era un accidente de tráfico ocurrido en el trayecto que hacía el Dependiente entre su lugar de trabajo y su domicilio no había otro remedio que apoquinar... Pero si se trataba de un asesinato, la Compañía se escudaba en la cláusula 38 bis, la que figuraba al final de la cuarta página de los contratos, que estipulaba que, en caso de asesinato, de motín, de revolución o de otro cataclismo por el estilo, no se podía contar con ella para enjuagar toda la miseria de este perro mundo...

Antes de destapar el cubo de basura en el que se había refugiado el Culpable no se pensaba en nada de esto. La versión oficial sostenía que el conductor se había asustado y había preferido huir, abandonando el cuerpo dislocado del Dependiente en la calle. El matrimonio Bandret, que acababa de cerrar la persiana metálica de su tienda, pudo oír el ruido del motor, el chirrido de las ruedas sobre el asfalto y, finalmente, la cacofonía de chapa y tubos aplastados mezclado con el ruido de la carne desgarrada por la defensa, el estrépito de los huesos, el silbido de las venas y arterias vaciándose de sangre. Levantaron la persiana y corrieron a la calle pero ya era demasiado tarde: el conductor había desaparecido entre una humareda negra. La carnicería estaba situada en el centro del mercado, pero era lunes y las otras tiendas estaban cerradas, excepto la panadería que se encontraba enfrente de la floristería y por lo tanto demasiado lejos para poder ver nada...

Y el Rompehuevos empeñado en convertir en dinero contante y sonante el delirio del Culpable, gañendo sus confesiones tarde tras tarde, cinta tras cinta, solo frente al viejo León. El Rompehuevos tenía un tanto a su favor: el testimonio del portero lusitano que afirmaba que el Dependiente, una noche, había ido a buscarlo a su casa para preguntarle dónde vivía el Culpable. Eso, dos días antes del «accidente».

La tesis de la venganza tomaba cuerpo.

—Si es cierto, León, tu amigo era un auténtico cabrón —dijo Gabelou.

León, querido León, te ofrezco una copa y, mira, yo también me voy a servir una. No te había dicho nada para darte una sorpresa, pero mira, escucha: «Horrible accidente ayer por la tarde en Altay-II delante de la carnicería Bandret. El joven dependiente que salía de trabajar y se disponía a regresar a casa de su tío, en la calle 18 de Junio de Altay-I, ha fallecido atropellado por el vehículo de un conductor irresponsable que se ha dado cobardemente a la fuga sin tan siquiera preocuparse por el estado de la víctima»... y bla, bla, bla. León, hoy es un día de fiesta. Ya puedes sentirte orgulloso de mí. Si hubieras visto su cara de estúpido cuando salí de la curva, con sus ojos de ternera degollada, ¡plaf! ¡Le destrocé la jeta! Te das cuenta, León, tu estupidez ya ha sido reparada. Ya no te preocupes más, pero la próxima vez ten más cuidado, no puedo matarlos a todos...



«Y sí, es cierto que con lo del Dependiente sentí vergüenza, nunca hubiera debido cometer semejante estupidez sin avisarlo. Todo sucedió por culpa del dinero de la vuelta. Era yo el que iba a hacer las compras a la carnicería. Era una tienda muy limpia y yo voy un poco mugriento, entonces me quedaba a la entrada con mi cesta y el monedero dentro y esperaba a que atendieran a un pobre viejo como yo. Y el Dependiente decía: "Ahí está León, dos babillas, dos." Metía las babillas en la cesta y cogía él mismo el dinero porque yo no sé contar.

»Y volvía a casa con los dos filetes y esas eran las únicas compras que hacía yo: en Carrefour hay mucha luz, montones de secciones, carritos, etiquetas en todas partes, música, mucha gente, en fin, en resumen, ¿cómo vais a pretender que yo, León, vaya a comprar algo ahí?

»El Culpable hacía el resto de las compras el sábado por la tarde, pero la carne quería que fuera supertierna, de la carnicería, yo estoy de acuerdo con él, las babillas en bandeja de plástico de Carrefour no tienen nada que ver con las del señor Bandret. Y a mi edad se es muy sensible a la calidad de la carne, ya no tengo los dientes de mis años jóvenes y si me dan un filete duro y lleno de nervios, tengo que dejar la mitad.

»Todo iba bien con el Dependiente, "buenos días León", "adiós León", "amigo León". Pero un día, casi un mes después de lo de la Vieja, al volver de la compra el Culpable y yo nos sentamos a comer. Por aquella época ya comíamos en el vestíbulo. Quedaba todavía un poco de sitio en el comedor, pero no mucho y para comer, desde luego, las bolsas no resultaban demasiado agradables, entonces nos poníamos en el vestíbulo, en una mesa de camping. La mesa grande del comedor, las sillas, la tele y todos esos cachivaches, el Culpable se los había dado a Emaús para que se los regalara a los huelguistas de Citroën, que estaban muy necesitados ahora que no trabajaban.

»Y allí estábamos los dos, como reyes, el Culpable y yo con nuestros filetes tiernos y rojos y ¡llaman a la puerta! La Vieja no podía ser, ¡mierda! ¿Quién podía interesarse por nosotros? El Culpable me hizo "chisst" con el dedo y contuvimos la respiración. Pero, no fue culpa mía, estornudé, mi plato se cayó y el que estuviera detrás de la puerta dijo: "¿Les ha pasado algo? Contesten, contesten, sé que están ahí."

»¡Vaya situación! Si no abríamos igual iba a buscar al portero, ya nos había pasado algo parecido con la Vieja y el gas. Y el tipo sigue: "¡Pero qué olor...!"

«Entonces el Culpable tuvo miedo, creyó que iban a derribar la puerta, desescombrarlo todo y ya no habría escapatoria, encontrarían a la arpía congelada en la cocina. Bruscamente entreabrió la puerta. Era el Dependiente, que se había equivocado al darme la vuelta y se había dado cuenta.

»"No quería que hubiera un malentendido, señor", dijo. "No importa, no importa, gracias y adiós", dijo mi compañero cogiendo el dinero. Cerró la puerta de golpe. Y me echó una bronca, ¡qué bronca...! Yo no sabía dónde meterme. "¡Tenías que tener cuidado, so cretino, voy a echarte de casa, y acabaras bajo los puentes como un vagabundo que es lo que eres...!" Pero pasó y cuando se le olvidó el enfado, se dio cuenta de que el mal ya estaba hecho y que yo lo lamentaba sinceramente.



»Lo peor es que el Dependiente había visto el vestíbulo, sin duda se había fijado en la mesa de camping, en los dos platos..., y seguro que le parecería extraño que nos instaláramos en la entrada para comer, una entrada minúscula en un apartamento de tres habitaciones... El Dependiente había visto nuestras contraventanas cerradas, como todo el mundo. El Culpable no ponía bolsas en el balcón y por la noche, de vez en cuando, tomábamos el aire cuando el olor en el Cañón resultaba insoportable.

»E1 Dependiente había notado el olor, porque lo había dicho. ¡Vaya! que pasamos una mala noche. Al día siguiente, el Culpable bajó una bolsa para conjurar la mala suerte. Pero yo lo notaba nervioso, tenso, inquieto, ya no era el alegre jaranero de cuando lo conocí. Yo estaba dispuesto a hacer algo que reparara mi pifia, pero, ¿qué?

» Volvió del colegio aquella tarde y se sentó en su silla de camping en el vestíbulo. No se movía. Hacia medianoche se despertó y puso en marcha el circuito. Admiramos el tren rápido que entraba en el Cañón, pero se reía mecánicamente. Yo estaba triste, muy triste... no os podéis imaginar... Fui a mi habitación, ya sólo me quedaba un estrecho pasillo al lado de la ventana con un hilo de aire fresco que entraba por un agujero, y traté de dormir. Por la noche, muy tarde, lo oí escalar el túnel del Cañón. Vino a verme, iluminándose con una linterna porque ya no podíamos dar al interruptor, había demasiadas bolsas y la lámpara también estaba detrás de las bolsas. Se agachó a mi lado y me dijo: "¡Estamos jodidos, León, estamos jodidos...! Van a venir." Traté de animarlo pero no era fácil. Volvió al vestíbulo a sentarse en su silla. Y al día siguiente lo encontré así. Yo quería que fuera a trabajar, porque si no se iban a preocupar y vendrían a casa a ver qué pasaba, pero no parecía comprender lo que le decía. Abrió una lata de sardinas y comimos un poco. Luego cogió el traje que dejaba colgado de una percha en la puerta del water y la camisa, la corbata y los calcetines que guardaba en una caja. Se vistió, lo vi marcharse con la cabeza gacha. Volví a dormir otro poco al balcón, en mi habitación olía demasiado.

»Y así durante dos días, luego se repuso y fue a arreglar cuentas con el Dependiente. Era arriesgado, pero radical.

»Me dijo que había cogido el coche, que sabía con exactitud a qué hora salía el Dependiente del trabajo; y cuando volvía a su casa en bici, ¡crac!, en plena jeta. Todo era cierto, estaba orgulloso, pegó el artículo que lo contaba todo en la pared del water con un pedazo de celo.

»Después de ese mal rato, volvimos a darnos la gran vida. Los trenes, el vino, las comidas juntos, pero era él el que iba a buscar los filetes a la carnicería del señor Bandret.

»Pero lo de las bolsas estaba llegando a un punto crítico. Tiró todo lo que quedaba en el armario, el aspirador, trapos viejos, libros. Pero el espacio era escaso, apretando mucho, ni cuarenta bolsas. Tuvo una idea desgraciada: precisamente la de aplastar. Llegó un día con una pala grande y me dijo: "Vas a ver lo que es bueno..." Fue a mi habitación escalando por el Cañón, yo lo seguí, se puso a golpear en las bolsas con la parte plana de la pala y, ¡plaf!, ¡plaf!: no tardó mucho, en diez



minutos había ganado dos metros... el problema fue que las bolsas explotaban y se derramaban por todos lados, y el estercolero de la granja en la que pasé mi juventud era un paraíso en comparación con lo que allí se respiraba. Terrible, era terrible lo que salía de las bolsas. Una papilla de todos los colores llena de jugos. Tosía, como yo. Era todo líquido aquella mierda.

»Se largó a Carrefour y volvió con esponjas grandes y papel absorbente, y hubo que empapar toda la salsa de las bolsas con las esponjas y los rollos de papel, nos llevó tiempo. Luego metió las esponjas en bolsas y los papeles también. Y las nuevas bolsas fueron a parar a donde las otras, el beneficio no era gran cosa, pero en fin, me quedaba más sitio para tumbarme. Desde aquel día renunció a seguir aplastando.

»Y fue un lío para que se limpiara: estaba empapado del jugo que se había derramado por todas partes cuando golpeó las bolsas con la pala. La bañera también estaba llena. Sólo quedaba el water. Se puso de rodillas y tirando de la cadena se limpió.

»Y entonces fue cuando se dio cuenta de que el cuarto de baño era superfluo. Sólo necesitaba agua para lavarse y la taza del water era suficiente. De lo cual se deduce que el lujo y todo eso, pues bien, cuando se está en apuros, se vuelve a un concepto más sano del valor de las cosas.

»Pero sí es cierto que la limpieza empezaba a resultar un problema agudo. En el vestíbulo tenía sus dos trajes, que llevaba a limpiar a la tintorería alternativamente para estar impecable en el trabajo. Después ya no tuvimos opción, cuando se averiaron los wateres. Y él, tan habilidoso, que hace maravillosos trenecitos con esas manos de hada, no sabe nada de fontanería. Afortunadamente estaban a punto de empezar las vacaciones y además, de todas formas, nos pillaron por culpa del Visitante...»



Como es lógico efectuaron una peritación en el coche del Culpable. Un Ford de un modelo muy antiguo. La parte delantera, la rejilla del radiador y la defensa no presentaban señales de accidente, pero el Culpable había tenido sobradas posibilidades de arreglarlo o de mandarlo arreglar. Una encuesta detallada entre los chapistas de la región no aportó ningún dato. El Rompehuevos se excitaba farfullando que el Culpable, ciertamente loco de remate, no era, sin embargo, tan ingenuo como para ir a un garaje de Altay o de los alrededores para que le repararan el vehículo.

Gabelou le había metido por las narices un informe pericial que demostraba que las heridas del Dependiente no podían haber sido causadas por la defensa de un Ford, demasiado baja para golpear donde aparecían las señales. El Rompehuevos no se dejó acoquinar y presentó un contra informe basado en las conclusiones del perito oficial: las huellas de los neumáticos en la calzada indicaban una velocidad de cien por hora antes del frenazo y de sesenta después. A esa velocidad el vehículo había chocado con el bordillo de la acera y la parte delantera se había levantado y golpeado al Dependiente. Gabelou leyó el papel, acompañado por varios croquis y cálculos —un verdadero problema de física de segundo curso— y reconoció avergonzado que el Rompehuevos acababa de marcarse un tanto.

Y por culpa del Dependiente se complicó todo. Sin eso, sin la persistencia del Rompehuevos, sin la avaricia de la Compañía, hubiera sido fácil parar los golpes, no quedarse más que con el crimen pasional...

Gabelou echó una mirada al reloj. Eran las 5,30. En el piso de abajo el ruido se había calmado un poco. Afuera la nieve estaba formando una capa considerable. El termómetro del exterior de la ventana marcaba cinco bajo cero. Gabelou se pasó una mano por la cara. Aquella noche en vela lo había dejado hecho polvo, pero sabía que tampoco habría podido pegar ojo. Esta historia le ponía los nervios de punta, de lo único que tenía ganas era de marcharse lo antes posible a su casa en Ventoux. Debía de hacer allí un frío pistonudo, pero por lo menos el aire no apestaría a cadáver.

—¡Bueno..., Léon, estamos jodidos los dos! ¡Hale, vamos a comer algo! ¡Venga, levántate, viejo bribón...!

Bajaron al patio. A Gabelou le costó mucho trabajo arrancar el coche, estaba preocupado porque se le había olvidado echar anticongelante. Por fin el motor arrancó no sin haber protestado varios minutos. A Gabelou le ponía nervioso la mirada eternamente indiferente de Léon.

Condujo despacio hasta Chatelet y giró por la calle de Halles. Los primeros transeúntes se apuraban hacia las bocas de metro, con el cuello del abrigo levantado. Por fin, Gabelou aparcó delante de un restaurante al que iban a comer los carniceros del barrio que eran los últimos en retirarse. La sala estaba llena de humo; las batas llenas de sangre alternaban con las ropas elegantes pero arrugadas de los juerguistas que venían a terminar allí la noche comiendo sopa de ajo. Todas las miradas se dirigieron al comisario y a su amigo Léon. Tomaron asiento en una esquina de la sala. Gabelou se desplomó en el banco y Léon se sentó enfrente, en una silla.



—¿Qué vamos a tomar, Léon? Dos de adobo, ¿vale? ¡Y una botella de tinto para Léon!

El camarero miró a Léon despectivamente, pero ya había visto a otros como él. Tomó nota.

Gabelou hincó el diente en la carne, animando a Léon a que hiciera lo mismo.

—Estás hecho polvo, ¿eh, amigo? Come, que eso te va a entonar. ¿No? ¿No tienes hambre?

«No, a mi edad ya no se puede ir de picos pardos. Armaron follón toda la noche y cuando no eran ellos era Gabelou machacándome con las cintas. Ya no puedo más. Sobre todo con el vino que bebí.

»Me había prometido que iríamos a ver al Culpable y va y me lleva a jalar. Ya no tengo hambre. Tengo sueño. No sé qué es lo que busca ese Gabelou, si volverme loco o qué, pero ya estoy hasta los cojones. De todas formas él lo sabe todo, de nada sirve negar. Cuando el Culpable se despierte le harán confesar teniéndole como a mí varios días seguidos en el despacho y él no es como yo, es un emotivo, querrá explicarles por qué lo ha hecho todo, en vez de cerrar el pico y eso lo va a hundir más todavía. No podrá callarse, es verdad, es un charlatán, una portera. Y, claro, provoca. Cuando los vea a todos a su alrededor le encantará marearlos, llevándolos de un lado para otro... ¡Si ya tuvo la jeta de ir al entierro del Chaval! Sí, sí, ¡eso fue pasarse! Lo conocía y también a los padres, pero tampoco hay que andar tentando la suerte, ¿no?

»¡Y fue allí, a Normandía, con el coche que había usado para matar al Dependiente!

»Yo también conocía al Chaval; por lo menos era amable conmigo y no como la Vieja. Lo veía en el club de modelismo, en la Casa de Todos. El Culpable daba un curso los martes por la tarde. Había unos quince chavales que venían unos con aviones, otros con barcos o trenes, incluso tractores con pilas y una antena, y los dirigían desde lejos, con una caja.

»Al Culpable le gustaba que le acompañara. No, naturalmente, no andaba con las maquetas. Me sentaba en un rincón y miraba lo que hacían. Parloteaban, se cambiaban las herramientas, las pinzas, las lupas. La sesión duraba más de dos horas. Los chavales le preguntaban al Culpable cómo se soldaba, qué pintura era buena para un barco de madera para luego poder echarlo al agua... en fin, un montón de tonterías, y se lo pasaban de miedo.

»Yo, cuando era chaval, nunca tuve juguetes. Bueno, sí, uno: una especie de muñeca pequeña que hacía ruido, pero no me duró mucho, la destrocé casi en seguida. Todavía me acuerdo: una pepona azul y roja, como nuestras bolsas, ¡ya ves! No sé cómo llegué a tenerla porque en el campo, en nuestra época, no teníamos ese tipo de regalos.



»Y el Culpable contestaba todas sus preguntas y prestaba sus herramientas; los chavales no se las devolvían nunca, refunfuñaba, pero acababa comprando otras. Digo todo esto para que se sepa que mi amigo no era un monstruo. Habrá que dejarlo claro en el juicio. Y no será fácil porque con las declaraciones de los viejos del club, del Rompehuevos, del carnicero y quizá de los padres del Chaval...

»Dio el curso hasta el final. Luego llegaron las vacaciones de Navidad. Hacía frío, menos mal, porque teníamos miedo del calor por culpa de las bolsas. Yo me pasaba las noches cazando las moscas que habían nacido de los huevos del verano. El Culpable se arruinaba en productos contra aquella plaga, lo espolvoreaba todo y me daba la tos. Pero no bastaba con los polvos. Entonces volvió a los viejos métodos campesinos: el papel matamoscas. Lo ponía por todas partes, colgando de todos los rincones, una auténtica masacre. Todas las noches contábamos centenares de moscas, una porquería.

»El Chaval iba a las clases de modelismo. Incluso quería que el Culpable le llevara a Stuttgart, pero sus padres no tenían pasta para pagarle el viaje. Mi amigo sí la tenía, del ahorro de la cantina.

»La maqueta del Chaval era un barco grande, todavía no le había puesto la cabina, sólo tenía el armazón, de madera con un motor que hacía un ruido de mil demonios, y además al Chaval le gustaba ponerlo en marcha y el Culpable lo reñía porque decía que se estropeaba la hélice haciéndola funcionar así, fuera del agua. Le daba lo mismo a aquel granuja, en cuanto se daba la vuelta, brumm, brumm, ¡travesuras de chaval!

»Y el curso acabó por las vacaciones de Navidad. El Culpable dormía casi todo el día en el vestíbulo de casa. Al final, sólo podíamos estar en el vestíbulo porque habíamos tenido que cerrar el water, que estaba completamente roto. Perdía, pero si hubiera venido un fontanero, ¡vaya catástrofe...! Cerrábamos la puerta por culpa del olor. El Culpable usaba los wateres de Altay Club cuando salíamos a la calle, pero por la noche, tampoco iba a aguantarse, ¿no?

»Yo, para eso no tenía demasiados problemas. Ya no dormía en mi habitación, no podía porque habíamos metido más bolsas, sólo quedaba sitio para el tren. Entonces lo hacía al fondo, cerca de la ventana. O bien en la calle. Pero el Culpable no quería hacerlo como yo, y encontró una solución. Las botellas de agua, de plástico. Que tienen un gollete grande. Litro y medio cada una, suficiente...

Cuando estaba llena, la guardaba en el cuarto de baño, y así, seguían sirviendo a pesar de todo. Las tapaba bien antes de guardarlas. Y nos despreocupábamos por un tiempo, porque las botellas se guardan mejor que las bolsas. Y son más sólidas. Nunca rezumaron.

»Tampoco comíamos ya en la mesa. Antes había una mesa en el salón, donde estaban instalados los transformadores de los trenes, los mandos de las agujas, toda la parte técnica. Pero la mesa ocupaba demasiado sitio y el Culpable se la vendió a Emaus. Instaló todo lo técnico en la mesa de camping, en el vestíbulo. Y dormía debajo, el colchón cabía justo debajo de la mesa.



»Cuando llegábamos al descansillo de nuestro piso, olía. Honradamente, olía. Por suerte el vecino estaba con los locos, si no creo que habría acabado quejándose. Lo habíamos calafateado todo para impedir que el olor saliera afuera. El Culpable había clavado una manta enrollada alrededor de la puerta, para aislarla bien, pero los últimos días ya no bastaba.

»De la gente de abajo no teníamos que preocuparnos mucho. A la derecha hay un tipo de la fábrica Citroën que trabaja de noche y llega de madrugada. Tiene unos ojos pequeñitos, no parece feliz ese tipo. Su curro es pintar los coches. Como es lógico su nariz no huele más que pintura y gasoil. A la izquierda, unos jóvenes, también de la fábrica, pero que no trabajan con pintura. Unos chorizos que ya tuvieron problemas con la policía por culpa de la droga. Van por la escalera sin saludar a nadie y la mayor parte del tiempo duermen fuera, lo que pase en el edificio les importa un carajo.

»El Chaval vivía en un edificio cercano. El Culpable lo acompañaba a casa por la noche, después del modelismo, porque a los padres no les gustaba que anduviera tirado por la calle. Decían que por Altay-Club estaba lleno de gamberros que robaban las *mobylettes* y que nunca se sabía con esa gentuza...

»Ahora dicen que la gentuza somos nosotros, el Culpable y yo, ¡pasan de los ladrones de *mobylettes*!

»Lo del Chaval fue una estupidez, travesuras de chaval. Le había cogido al Culpable cantidad de herramientas para su barco y llegaron las vacaciones, iba a ir a las colonias. El padre le dijo que fuera a devolvérselas...

»Vino una tarde, pero estábamos al tanto y cuando llamó no había ni un ruido y no estornudé ni tiré el plato como el día del Dependiente. Lo dejamos llamar. Pero tenía miedo de que el padre lo riñera si volvía con las herramientas y, en vez de dejarlas delante de la puerta, se le ocurrió una idea de chaval, pasó por la casa del vecino... El loco está en el manicomio para largo y lo sacaron todo de su casa porque ya entraron a robar varias veces. La puerta ni está cerrada y el Chaval entró y fue hasta el balcón, que casi toca con el nuestro.

»Y de repente oímos ruido en mi habitación, era el Chaval que estaba dejando las herramientas apoyadas en la contraventana cerrada. Rápidamente trepamos hasta allí para escuchar y volvimos al vestíbulo, sofocados, el Culpable y yo, con el canguelómetro a cero. ¡Bonito asunto!

»Y el Culpable agarró al chaval en el descansillo. Le echó una buena bronca, incluso le pegó una torta, pero estaba acostumbrado, el bribón, a llevar tortazos, con todas las diabluras que hacía.

»"¿Por qué no me abrieron cuando llamé?" El Culpable no se alteró y respondió en seguida: "Dormía", dijo. "¡Ah!", dijo el Chaval. Después el Culpable le hizo una caricia en la cara y le dijo que no tenía importancia, pero que no lo volviera a hacer, porque de lo contrario se lo diría a sus padres.

»Vimos cómo bajaba las escaleras. Yo sabía lo que significaba eso. No estaba de acuerdo, pero si el Culpable lo contaba todo, íbamos a vernos en un lío y alguien acabaría abriendo el congelador.



»Dos días más tarde el Culpable se iba a las colonias. Lo vimos pasar por la calle, con la cartera a la espalda. En la cartera había metido sus juguetes para divertirse con los compañeros.

»"¿A dónde vas?", le preguntó el Culpable. El Chaval nos dijo que iba a coger el autobús hasta la estación de trenes y luego el tren hasta París. Nadie lo acompañaba, todos estaban currando. Después de la huelga de los coches no se podía perder el tiempo, había que sacar pasta.

»Cuando desapareció por la esquina de la calle, con su cartera y su maleta, presentí que iba a suceder otra desgracia. Volvimos a casa. El Culpable jugó un poco con el tren, cinco minutos, y luego me dijo que iba a hacer unos recados. Volvió dos horas más tarde, con dos hermosos filetes, para festejarlo.

«Estábamos comiendo cuando oímos los chillidos. Gritaba cuanto podía, ¡para que la pudiéramos escuchar desde nuestra casa! Bajamos rápidamente y fuimos a casa del Chaval.

»Había polis y la madre lloraba abrazada al inspector.

»El Culpable movía la cabeza apesadumbrado, estrechó la mano del padre, que había vuelto de la fábrica porque lo habían llamado. Nos quedamos unos diez minutos con ellos, pero el Culpable ya tenía bastante y además tenía hambre.

«Volvimos a casa para jamar. Las desgracias de los demás están bien durante un ratito, pero no hay que abusar. Por ejemplo, nadie llora por mi suerte y bien que lo merezco con todo lo que sufrí.

»Comí mi babilla, tan buena como siempre, y el Culpable se reía en su rincón, pulsando los botones del transformador para poner los trenes en marcha, y se reía sin parar.

»Dio pasta para la corona, como toda la gente del pueblo. Una hermosa corona llena de flores blancas, ¡qué bien olía! ¡Fue una bendición! La tuvimos una noche en casa porque fue él el que la llevó en el coche hasta Normandía, para el entierro.

»Esa noche dormimos los dos en el vestíbulo, uno al lado del otro, como hermanos, con los pies hacia el water, y la cabeza casi contra la corona. Y perfumaba ese trozo, sin que dejara de notarse el olor del resto, pero, por lo menos, un poco...

»A la mañana siguiente se levantó temprano, se vistió con el traje que acababa de traer de la tintorería de al lado de Altay-Club y se fue cantando con la corona en la mano. Vi cómo el coche giraba en la esquina. Estaba muy nervioso: ¡Como se le ocurra fanfarronear en el cementerio, estamos jodidos!

»Todo el día lo pasé dando vueltas alrededor del colegio, fui a ver el cambio de turno a la fábrica Citroën que siempre me entretiene mucho, pero, nada, estaba demasiado ansioso. La fábrica me gusta por las caras coloradotas de los tipos que salen del trabajo. ¡Tienen todos una facha, cansados como están! Y eso me anima a mí, al Viejo León, porque esa cara nunca la tuve yo, aunque mi jodida vida no fue ninguna maravilla, pero por lo menos, esa pinta no.



»En resumen, que pasé un mal día el sábado del entierro. Y por la noche, estaba en un banco, en nuestra calle y de repente oigo un bocinazo, gritos de alegría, y era él que volvía. Venía cargado de paquetes y nos organizamos una buena juerga en casa con la pierna de cordero y el pollo. Me contó cómo lloraba la gente, allí a la orilla del mar. Se partía de risa, cosa que no hace a menudo, era como si se desquitara.

»Esa noche, cuando me dormí —era tarde, tuvimos los trenes en marcha hasta las dos de la mañana— me sentía mucho más animado. Bastaba con deshacerse de algunas bolsas, por la noche, por ejemplo, varias noches seguidas, para que aquello volviera a ser habitable. Las podíamos dejar en una calle cercana, nadie se daría cuenta. Pero no. Y así estamos. Él en el hospital y yo en las garras de Gabelou.»



LA BELLA



Gabelou retiró su plato con un gruñido de satisfacción. El resto de Brie que quedaba no era suficientemente apetecible como para ceder a la tentación. Pidió un café cargado. Léon no había hecho los honores al adobo, pero —esto no lo sabía Gabelou— es que sólo le gustaba la babilla. Sobre todo cortada fina.

— ¿Y qué vamos a hacer contigo, Léon? —dijo Gabelou—. Si te dejas volver a Altay, la gente del pueblo te va a perseguir. Pero, tampoco te puedes quedar con nosotros. ¿Dónde vamos a dejarte? A tu edad nadie te quiere...

Léon miraba la sala a su alrededor: el mostrador, los camareros que se apuraban con las bandejas. Había escuchado distraído lo que Gabelou decía.

—Porque, como sabes —siguió Gabelou—, se acabó la comedia. Por mi parte cierro el caso, carpetazo. No quiero reventar.

—Gabelou se levantó y empujó la mesa para ir al mostrador a pagar la cuenta. Luego salió. Léon lo encontró en la acera.

—Ven —dijo Gabelou—, vamos a dar un paseo.

Se volvieron a meter en el coche, el uno al lado del otro y Gabelou se dirigió hacia el bulevar Sebastopol, que sube hasta el Magenta en dirección a la Puerta de Clignancourt. Había pocos transeúntes y caminaban con precaución. El hielo cubría la calzada y las aceras, pérfidamente tapizadas por la nieve. Léon tuvo un escalofrío y se acurrucó más en el asiento.

—Tienes frío —dijo Gabelou—, espera, voy a poner un poco más de calefacción...

Habían llegado al periférico, que Gabelou tomó en dirección este, hacia Altay. El extrarradio se extendía ante sus ojos, todavía indolente en la madrugada; de vez en cuando se encendían luces que producían una mancha clara en la negrura de las fachadas. Iban dejando atrás sucesivamente ciudades-conejeras, zonas industriales y pabellones escuetos, como olvidados allí por negligencia.

Las señales indicadoras de Altay aparecieron en los carteles colgantes de la autopista. Gabelou tomó una curva pronunciada para evitar Altay-I. Después de una breve tierra de nadie sin casas ni árboles, ni fábricas, se hicieron visibles, a lo lejos, los primeros edificios de Altay-II. Había una gran cinta de tierra que separaba las dos vías de la carretera en la que acababan de oxidarse chatarras de coches o de aparatos electrodomésticos y a cada lado del terraplén habían cavado un foso para impedir que los gitanos instalaran sus campamentos a la entrada del pueblo nuevo. Había pocos coches, pero Gabelou se dejaba adelantar por los numerosos autobuses que llevaban a los obreros a las fauces abiertas de la fábrica Citroën, allí, al fondo, escondida tras las colinas artificiales salpicadas de arbustos. Los bloques de casas se apretaban más a medida que Gabelou avanzaba. Con gestos nerviosos, zombies cabalgando sobre *mobylettes* atravesaban la carretera. Las bombillas amarillas de los faroles daban una luz extraña a las avenidas nevadas, por las que negras envueltas en su bubú trotaban hacia misteriosos quehaceres.



Gabelou rodeó el colegio y sus edificios prefabricados para entrar en la ciudad de las Lilas Azules. El Culpable vivía al fondo. El bar Altay Club ya estaba abierto y una humanidad laboriosa debía de estar allí con un café delante, o más probablemente, con una copa de calvados, cañas de cerveza o brebajes más energéticos. El rótulo de neón parpadeaba iluminándose intermitentemente.

Gabelou cerró su puerta tiritando. Hacía más frío que en París y de la llanura vecina soplaban ráfagas de una brisa traidora que hacía revolotear los copos de nieve.

Gabelou se metió en el portal con León pisándole los talones. Los nombres de los inquilinos estaban pegados en los buzones, al lado de un tablón en el que se podían leer informaciones municipales. La sección de la Tercera Edad de la Casa de Todos organizaba una excursión al monte en febrero. Los modelistas preparaban una exposición concurso para fin de curso... En suma, la vida seguía.

Subieron los pisos lentamente. Gabelou delante de León, que no parecía muy contento de volver a su casa. Porque era su casa. El servicio de limpieza del ayuntamiento había hecho su trabajo y las basuras ya no infectaban el apartamento. El incinerador cercano al colegio había disfrutado devorando con sus llamas los montones de bolsas que sacaron del hogar del Culpable. Cuando terminó lanzó un gran eructo, escupiendo con placer una vaharada de humo negro de sus entrañas ahítas...

Tan pronto como acabaron las diligencias policiales se habían puesto a trabajar, acarreando las bolsas destripadas por las escaleras. Luego, como la tarea resultaba muy penosa, habían colocado una gran manga de lona plastificada, enganchada al balcón y que daba directamente a un contenedor colocado enfrente del edificio. Los obreros trabajaban a destajo, sudando bajo sus caretas antigás. La dirección de los edificios, magnánima, pagó una prima para que desaparecieran lo antes posible las huellas de aquella descarga que ya había empezado a corroer la ciudad.

Los vecinos asistían a la limpieza, con la boca abierta de admiración ante las titánicas cantidades de inmundicias que veían desfilas ante sus ojos. Al principio, Gabelou había mandado precintado la puerta y los guardias de la comisaría se turnaban para vigilar aquel antro de despojos. Luego había resultado superfluo, una vez acabadas las diligencias. Entonces, por la noche, los vagabundos habían ido a revolver la mierda en busca de un imposible botín. El Rompehuevos no se había quedado parado. Armado con una máquina fotográfica había ametrallado el piso—basurero haciendo cantidad de fotos del Cañón, plasmando en la película el amontonamiento de botellas de agua llenas hasta el borde de excrementos, las montañas de bolsas rojas y azules, ahora violáceas por efecto de las maceraciones.

Hubo un episodio chusco: la llegada del representante de una casa productora de bolsas de basura. Buscaba en la masa de detritus productos de su marca para verificar si habían resistido el amontonamiento y la putrefacción mejor que los de la competencia... ¡y era cierto! Pretendía hacer un spot publicitario utilizando el «extraño suceso de Altay-II» como soporte de una demostración «in vivo», pero se echaron atrás ante la enormidad del asunto, temiendo que el ejemplo dado incitara a



la gente, no a amontonar, pero sí quizás a desembarazarse con menos frecuencia de las basuras domésticas...

La casa contigua a la del Culpable seguía vacía, su inquilino estaba muy a gusto en el psiquiátrico y no tenía prisa por enfrentarse de nuevo con una clase de chavales desilusionados o atemorizados a fuerza de *esnifar* pegamento de mala calidad. La dirección de los edificios, por su parte, había puesto una cruz en el último piso, renunciando a alquilarlo por lo menos hasta que no transcurrieran unos meses, hasta que el olvido u otro acontecimiento borrara aquel penoso recuerdo de la memoria de la ciudad.

Gabelou abrió de un simple empujón la puerta de la casa. Entró en el vestíbulo. León, desconfiado, permanecía en el descansillo y se inclinaba para seguir al comisario con los ojos.

—Vamos, ven —dijo Gabelou—, ¡nadie te va a atacar!

Entonces León, con paso inseguro, se decidió a franquear el umbral. Del vestíbulo fue a la cocina, girando sobre sí mismo, alelado.

Un fuerte olor a desinfectante flotaba en el aire. Por los rincones había cubos llenos de cajas de detergente y de cepillos. En la cocina, el suelo había sido cuidadosamente fregado y grandes depósitos de detergentes en polvo tapaban las ranuras de las baldosas.

Las paredes del salón y de las habitaciones estaban desnudas, con el papel arrancado. En la escayola se veían manchas negruzcas. Gabelou encontró una silla en la que había unos monos blancos de escayolista. La herramienta estaba en el alféizar de la ventana. Olía a lejía, a escayola húmeda, a cal, a detergente, pero tras todo esto, Gabelou tuvo la impresión de que otros efluvios le llegaban a la nariz. Se dijo que sin duda eran ilusiones suyas.

—¡Vaya carnicería que organizasteis! ¿Eh, León? —mu— muró quitando los monos de la silla.

Se sentó. León estaba en el vestíbulo apoyado en la puerta del water. Miraba la señal, marcada con tiza, que indicaba la posición del cadáver del Visitante. Los obreros habían barrido y el traslado de las bolsas también había contribuido a borrar el dibujo, pero todavía se notaba. Brazos y piernas separados del cuerpo, tirado en el vestíbulo, con la cabeza mirando hacia el water, la mano derecha extendida hacia la puerta, los dedos crispados en un gesto de desesperación. León no podía despegar la mirada de aquella silueta vacía, encogido en el suelo. Temía que de repente se pusiera a patalear de nuevo para agarrarlo...

«¡Basura, peste! Tengo pesadillas por la noche con ese cabrón. No creo en los fantasmas, pero verlo así, por el suelo, me da canguelo. Se cree muy astuto Gabelou, ahí, fumando un puro en medio del salón, provocándome... ¡Si el Culpable estuviera aquí ya habría hecho desaparecer a Gabelou bajo un montón de bolsas! Y



no lo veríamos más. Ahí donde está sentado, hace sólo dos semanas, se ahogaría entre las basuras...

»Hoy está todo limpio. El Culpable estaría contento, a él le gusta cuando todo está limpio. Lo vaciaron todo de arriba abajo y los inspectores birlaron cantidad de trenes. Gabelou tiene una caja de cartón con raíles y casas en su despacho, pero es poco lo que queda después de la razzia. No respetan las cosas de los demás esta gente.»

Gabelou se había levantado, volvió a dejar las cosas del escayolista en la silla y, con el cigarro en la boca, volvió al vestíbulo.

—¡Qué carnicería!, ¿eh, Léon? —repitió—. ¡Pero qué carnicería?

Léon salió del apartamento el primero y bajó rápidamente las escaleras. Esperó a Gabelou, cerca del coche.

«Me crispa este tío, ¿qué pretende? ¿Provocar un shock psicológico llevándome al lugar del crimen? ¿Para confundirme? Hacen cosas de esas, a veces, los polis. Lo vi en una película de la tele con el Culpable. Pero a mí no me engañan. ¡Aunque me enseñen el dibujo con tiza del Visitante en el suelo, como si fuera a moverse! Además, le estuvo bien a ése. Si no hubiera venido a nuestra casa a tocarnos los cojones, no le hubiera pasado nada. Se buscó los hachazos.

»¡Habrà quedado contento del viaje el Visitante! Y si se hubiera quedado en su casa en lugar de venir a la nuestra, el Culpable y yo no estaríamos donde estamos, él en el hospital y yo con Gabelou.

»No lo habíamos llamado, no le habíamos pedido nada. Fue él el que buscó camorra. Nosotros nos defendimos. Y el Culpable, cuando reconoció su voz a través de la puerta, le mandó que se largara, que se fuera, que si no iban a acabar mal. Pero el Visitante insistió.

»El Culpable estaba muy cansado. Estábamos de vacaciones pero casi no se movía de casa, sólo para ir a la carnicería. Ya no se ponía sus dos trajes como cuando iba a trabajar. Tenía una bata azul que le gustaba mucho porque no le había costado muy cara gracias a Camif. Una mañana, él y yo fuimos a la estación de Altay con una maleta en la que el Culpable había guardado sus dos trajes, para no ensuciarlos con las bolsas en casa. Dejó la maleta en consigna y así se conservaban limpios los trajes.

»Sí, estaba muy cansado, manejaba los trenes como con tristeza y lo que le apenaba era que todo se iba estropeando por las bolsas que rezumaban sobre los raíles, los hilos eléctricos, los vagones. Soldaba y reparaba en el Cañón, pero al día siguiente tenía que volver a empezar. Entonces se encolerizaba con las bolsas, y les daba patadas, pero eso las reventaba y era todavía peor. Pasábamos casi todo el



día durmiendo. Y a última hora de la tarde íbamos a dar una vuelta a Altay Club o a Carrefour para comprar vino para mí. Pero estaba como ausente porque sabíamos que eso de las bolsas se tenía que acabar.

»Y una tarde el Visitante llamó a la puerta. Como de costumbre no movimos ni un pelo. Pero el Visitante gritó: "Sé que están ahí, los he visto en Altay— Club, y les he llamado pero no han querido contestarme... Abran..." "Largo de aquí, basura", gritó el Culpable. "Pero... si esto apesta", dijo el Visitante. "No tanto como tú, ¡marrano!", contestó mi compañero inmediatamente. Sigilosamente se acercó a la puerta, la abrió de golpe y cogió al Visitante por el cuello de la chaqueta para llevarlo al vestíbulo. Yo empujé la puerta y la cerré de un portazo.

»"Quieres verme, ¿eh?", gritaba el Culpable. "¡Pues mira en qué me he convertido!"

»Y entonces, no puedo contar la cara que puso el Visitante... Tenía los ojos desorbitados y repetía que no era posible. Tosió hasta ahogarse y cogió un pañuelo para taparse la nariz. Se agachó para ver el túnel del Cañón.

»"Espera, cabrón, vas a ver qué bonito", dijo mi compañero. Y puso en marcha el tren a toda velocidad; verdaderamente era bonito. Al Visitante no le gustó; seguía con aquella mirada de loco y repetía: "No es verdad, no puede ser verdad." "¿Te gusta mi tren?", dijo el Culpable. El Visitante no contestó porque estaba vomitando. Ya no podía más. Se agarraba la garganta, se ahogaba.

»"No está nada bien ser sucio en casa ajena", riñó el Culpable. Se acercó al Visitante por detrás y le dio una patada en el culo con todas sus fuerzas antes de cogerlo por los pelos y obligarle a agacharse para restregarle la nariz por el vómito. "No está nada bien, no... no, eso no se hace, pero, ¿dónde le han educado a usted, señor inspector? ¿No le han enseñado buenos modales? Si hasta mi amigo León se comporta mejor que usted..."

«Entonces el Visitante se soltó dando puñetazos a todo, a mi compañero, a las bolsas, y hacía un ruido sordo. No era agradable de ver, completamente sofocado y sucio. El Culpable estaba dolorido después de los puñetazos, pero seguía riñendo al visitante como se hace con los niños, abriendo mucho los ojos: "Eso no se hace, eso no se hace."

»"¡Déjeme salir!", gritó el Visitante. Trataba de dirigirse hacia la puerta, pero mi compañero y yo le impedíamos el paso. "¡Apártese, quiero irme!" Presentí que aquello iba a acabar mal y me refugié en el Cañón. A mi edad no está uno para peleas.

»"Apártate, te digo que te apartes...", gruñía el Visitante. Entonces el Culpable se le tiró encima, golpeándolo, y el otro cayó en medio de las bolsas que reventaban por todas partes salpicándolo todo. Hasta entonces todo había sido correcto, pero cambiaron las tornas cuando el Visitante vio el hacha que el Culpable usaba para cortar la madera que servía para apuntalar el túnel del Cañón. Saltó para coger el hacha pero resbaló en un charco de porquería y se deslizó por el suelo hasta la entrada del túnel. De todas formas tenía el hacha.



»"Y además, me está estropeando el circuito", dijo mi compañero, disgustado al ver un vagón aplastado y unos raíles retorcidos...

»El Culpable saltó encima de él, se pelearon. Mi compañero agarraba la mano del otro que sostenía el hacha con todas sus fuerzas. Rodaban por el suelo hacia el salón, aplastando cada vez más bolsas. Las colinas rojas y azules que le había costado tanto trabajo construir al Culpable, se derrumbaban una tras otras. Un auténtico espectáculo.

»Al principio el Visitante llevaba las de ganar. Era un tipo fuerte. Se libró de mi compañero metiéndole la cabeza en una bolsa y con el arma en la mano, se arrastró hacia la puerta.

»El Culpable recuperaba la respiración y justo antes de que el enemigo abriera la puerta, le arreó una patada en la espalda y cerró la puerta con llave.

»"¡Está usted loco, déjeme!" El Visitante lloraba. Mi compañero cogió la llave y la tiró hacia el salón, entre las bolsas. Con el hacha en la mano el Visitante gritó: "¡Apártate, voy a tirar la puerta!"

»"Conque sí, ¿eh? Venir a casa del prójimo a hacer cochinas y además romperlo todo, no está nada bien, no se hace", murmuró el Culpable. Cogió una bolsa y la tiró a la cara del Visitante. Era una azul, bastante vieja, que reventó. El Visitante estaba cubierto de porquerías, cegado.

»Luego, no sé muy bien lo que pasó porque yo estaba escondido en el fondo del Cañón, sólo los oía gruñir. Pero al cabo de unos momentos vi que el Visitante se arrastraba hacia la puerta, con la cabeza toda ensangrentada y el pelo que se le teñía de rojo mezclado con el jugo de las basuras que era más bien negro. También tenía una herida en el brazo. Trataba de incorporarse para llegar al pomo, lo que demuestra que no era nada listo, porque la puerta estaba cerrada con llave. Yo temblaba como un loco al fondo del túnel.

»"Ya es nuestro, León, ya es nuestro este cabrón", me dijo. Yo estaba muy nervioso. Lloré. "No llores, León, no llores, ahora ya nadie vendrá a molestarnos...", susurraba. Me quedé a su lado, con los ojos llenos de lágrimas y de vez en cuando echaba una ojeada al lugar al que había tirado la llave. Había caído entre la mierda. Nunca la encontraríamos... Y se desmayó. Y allí estaban los dos, cubiertos de sangre y de porquerías y había un ruido que me ponía nervioso, era el tren que seguía caminando... Cuando se habían peleado habían roto algunos vagones y la estación de clasificación, pero en aquel momento el tren estaba en mi habitación y antes de volver al vestíbulo caminó durante mucho tiempo. Y seguía caminando, volvía al Cañón para dar la vuelta y pasaba a dos dedos de la pierna del Visitante, que estaba tirado contra los raíles... Olvidé pronto el ruido porque no sabía cómo hacer para pararlo. Sacudí al Culpable. Su herida tenía mala pinta, con el jugo de las bolsas que le corría por encima, no era bueno todo eso. Entonces tuve un momento de desesperación. No veía ninguna solución. Y a veces me pasa eso cuando estoy nervioso: me duermo. Cuando desperté, ¡tenía un hambre...! El Culpable tenía estertores y yo no quería pedir socorro, por miedo a que descubrieran al Visitante, las bolsas y la sorpresa del fondo de la cocina en el congelador. La cabeza me daba vueltas, no son propias de mi edad todas esas complicaciones. Las bolsas rotas



despedían un extraño vapor que empeoraba las cosas. Me quedé dos días así, con ellos dos entre las bolsas. El Culpable se mantenía pero no iba a resistir mucho con aquel régimen. Y el tren seguía caminando. Yo tenía hambre, cada vez más hambre. Llenar el estómago era una obsesión. La cabeza me daba vueltas, el estómago me daba tirones. Cerraba los ojos o los fijaba en las bolsas, en los trenes, de vez en cuando. El Culpable se movía un poco. El Visitante cada vez se ponía más tieso, parece que es normal.

»Iba del uno al otro y me metía en el Cañón para dejar de verlos. El Visitante empezó a oler al primer día. Me preguntaréis cómo conseguía oler algo en aquel carnaval de apestosos olores que infestaban la atmósfera de la casa. Pues bien, sí, ese olor se distingue siempre, entre muchos otros, aunque sean más fuertes.

»Y aquella jodida puerta cerrada... ¡No era un espectáculo agradable! Al final el hambre me daba mareos. Entonces, ¿qué queréis?, ya sé que esas cosas no se hacen, pero bueno, empecé a comerme al Visitante.

»Empecé por la nalga derecha, a mordiscos pequeños, no me gustó nada, pero al tercer bocado ya me había acostumbrado. Tampoco tenía dónde escoger... En la guerra como en la guerra. Después empecé con los muslos: ¡más duros todavía!

»Pero aquella comida me reconfortó, ya no lo veía todo negro. El Culpable todavía respiraba y mientras hay vida hay esperanza. Es lo que se dice en los casos desesperados. Me dormí.

»Cuando desperté di otro bocado al muslo del Visitante. Y me decidí a pedir ayuda. ¡Lo siento por el congelador...!

»Y con todas mis fuerzas grité, grité. A la muerte...»



El primer testimonio fue el del vigilante del edificio, Latros Emilio. Había tirado la puerta a empujones al oír los gritos desesperados de León. Emilio, valiente pero asmático, no pudo resistir la espantosa pestilencia que le vino a la cara cuando se precipitó en el apartamento. Se desmayó sin más. Por suerte, su primo Eusebio, que había venido a pasar algunos días a Altay, lo había acompañado hasta el último piso, a raíz de la petición formulada por una inquilina del segundo. Eusebio, al ver el cadáver del Visitante desplomado entre un montón de inmundicias, se batió en retirada, pidiendo ayuda.

El Rompehuevos pasaba por la calle con su cartera de cuero repleta de dossiers. Estaba haciendo una encuesta acerca de un pleito, un robo fingido, al final de la calle.

Vio el color verdusco de Eusebio, que recuperaba el aliento señalando las ventanas del Culpable, cerradas por contraventanas correderas. Subió las escaleras de cuatro en cuatro hasta el descansillo donde, como una vaharada desprendida de un osario abandonado a su suerte, la podredumbre se le metió hasta la garganta. A pesar de todo, se controló, buscó en los bolsillos un pañuelo y con aquello a modo de máscara, entró en el vestíbulo.

Creyó que el Culpable estaba muerto, lo mismo que el Visitante. Y luego no pudo explicarse por qué había robado una cinta, obedeciendo un impulso. Los jefes de la Compañía le pagaron una bonificación extraordinaria por esta instintiva rapiña.

Diez minutos más tarde, el inspector Dufour llegaba al lugar a la cabeza de un grupo de policías. Procedieron a la evacuación del edificio. Entre tanto León se había largado... Luego se oyó el ruido característico de las botas de los bomberos que sudaban bajo el pesado chaquetón de cuero. La escalera era superflua, al igual que la manguera. Llevaron al Culpable al hospital de Altay. En el curso de la pelea con el Visitante el filo del hacha le había perforado el abdomen, hundiéndose en los intestinos, cuyo contenido se derramó por la camilla durante el traslado. Las bolsas destrozadas sobre las que había rodado habían filtrado su jugo venenoso y la herida estaba infectada hasta un extremo que nunca se podrá encontrar en ninguna revista médica. Una poderosa septicemia le roía la carne, pero el Culpable resistía a la infección. Rezumando pus como los caracoles metidos en agua salada rezuman baba, había escapado milagrosamente a la muerte. Del quirófano del Altay lo trasladaron a la sala Cuzco cuando su estado lo permitió. Por la enorme llaga que le perforaba el vientre se escapaba un rosario de cánulas, enganchadas a frascos de cristal. Desde su sopor, producía abundantes secreciones aspiradas por el vacío que la enfermera creaba cada hora enchufando los frascos a una bomba adosada a la pared.

Y Gabelou esperaba desde hacía varios días que recobraría el conocimiento. Se había desembarazado lo mejor que pudo de las declaraciones de los testigos, había clasificado los papeles, los informes de la autopsia, pero sabía que sólo un buen interrogatorio al Culpable resolvería todos los problemas. Entre tanto, Gabelou se consolaba engatusando a León. Lo había sacado de las garras de la venganza popular que toleraba los asesinatos y la acumulación de basura, pero no podía soportar ver deambular por las calles de Altay al responsable del horrible pecado:



comer carne humana... Léon encajaba los insultos con placidez, huyendo cuando las injurias subían demasiado de tono. Le dieron palos, lo escupieron y los chavales de la calle, orgullosos de hacer suya esa falta de imaginación que adopta a veces la infancia para mejor imitar el mundo de los adultos, le tiraban piedras en cuanto aparecía por la ciudad. El pobre viejo deambulaba por los territorios neutrales, cerca del colegio o por los alrededores de la fábrica Citroën. Gabelou, cansado de presenciar este lamentable espectáculo en el curso de su investigación, decidió tomarlo bajo su protección y tenerlo en el Quai. ¡Después de todo era el testigo número uno!

Léon parecía deprimido, no reaccionaba al afecto que se le demostraba. Por casualidad, durante la fiesta que se hizo para despedir a Redotat, compañero de Gabelou que se jubilaba, Léon mostró su afición por el vino tinto: le sirvieron una copa. Desde entonces todo fue mejor. El no va más de la vida de Léon no era precisamente brillante. Era un no va más de miseria y desgracia, de miedo a los palos y de pobres alegrías. Miraba con aire cansado las idas y venidas de los ayudantes del comisario. A veces sus ojos tenían un brillo de interés, cuando se hablaba del Culpable...

Sería interesante saber cómo habrían podido entenderse esos dos durante los largos nueve meses que había durado la locura. El Culpable era un personaje turbio, doble. Por una parte, esa amabilidad respetable relatada por todos los testigos, alimentada por un ritmo de vida somnoliento, ese respeto por las normas establecidas, total docilidad frente a las blasfemias, a los desgarrones que su delirio implicaba, dotado de una capacidad fuera de lo corriente para doblar el espinazo, para encajar las minúsculas derrotas de una vida plagada de humillaciones...

Por otra parte, un dejarse llevar sin límites, un juego incesante de pretextos, aún peor, una huida, un escape, una licuefacción, un gorgoteo de mil cobardías que se manifestaban en su fascinación irreprimible por lo sucio, lo dudoso, lo viscoso, lo maloliente... En Léon, nada de eso: un horizonte bien delimitado, jalonado por filetes y vasos de vino y también ternura, miradas amorosas, suspiros; en fin, una felicidad a ras de suelo, ingenuo e ignorante que no admitía la baja ni las especulaciones sórdidas a no ser empujado por la necesidad.

Todo esto se podía comprobar en su mirada un poco ausente. Veían desfilas a través de los cristales empañados del coche de Gabelou la sucesión de curvas de la autopista que se insinuaba entre acantilados de hormigón antes de hundirse en los túneles de atmósfera envenenada por el humo de los escapes.

«Bueno, y a esos que se quejaban de los olores que salían de nuestra casa no les molesta esa porquería de gasoil. Me hace toser. Cuando era joven mis pulmones se acostumbraron al aire puro y ahora revienta oliendo súper. Bueno, ya soy demasiado viejo para quejarme. Pronto dejaré esta vida de sufrimiento. Ya no me adapto a todas estas estupideces. El Gabelou no sé a dónde quiere llegar llevándome de aquí para allá, de un lado a otro. Habría prescindido sin problema de la visita a casa... Incluso si el Culpable se ve Ubre un día y puedo ir a buscarlo a la cárcel creo que



haríamos bien no volviendo a Altay, porque con la fama que nos quedó... Allí, con Gabelou no tenía nada que temer, estaba protegido de todos aquellos cabrones...

Y luego, era muy temprano, afortunadamente todo el mundo dormía todavía, por la mañana van como autómatas, de piso en piso se oyen las camas rechinar, es el macho que reclama los favores de su hembra antes de ir al curro. Media hora más tarde se oyen carreras por las escaleras porque se llega con retraso, y el autobús ya toca la bocina en la esquina. Antes, me gustaba escuchar los ruidos de la mañana. Me quedaba quieto, con los ojos cerrados, el oído atento, y ¡ya!: la chiquillería recibiendo cachetes, la cafetera que se cae al suelo, el tipo del segundo que no consigue arrancar el coche...

»Ahora todo se acabó, ya no lo podré volver a hacer. Nunca volveré allí. Se acabó, para siempre. Piedras me tiraban aquellos endemoniados chiquillos, piedras grandes de las que se usan para hacer los terraplenes de la autopista, puntiagudas, aceradas; tenía heridas por toda la espalda. Y los gritos de los padres no servían precisamente para cerrarme las heridas, eso sin contar los escupitajos malsanos, espumosos, llenos de briznas de tabaco, que olían a pastís, todo por haber sacado un filete, por decirlo de alguna manera, del trasero del Visitante. No es para tanto, como dicen ellos...

»Yo no les pedía nada, me había escapado por el tejado, a todo correr, cuando el Rompehuevos desapareció. Desde la esquina de la calle, escondido, debajo de un camión que estaba aparcado enfrente de la Casa de Todos, vi a los polis llegar, a los bomberos en mogollón, ¡un circo!

Y a Gabelou que vino por la noche, tranquilo y no excitado como los demás. Sacaron al Culpable en una camilla y tuve ganas de acercarme, pero por prudencia no me moví de debajo del camión.

»No hacía precisamente calor allí, y me castañeteaban los dientes. En cuanto los polis se fueron llegaron los de la limpieza. Sacaban bolsas y bolsas y más bolsas. Estaba temiendo el momento en el que abrirían la cocina y entonces sería la catástrofe. Pero nada de eso ocurrió la primera tarde. Se hizo de noche, fui a dar un paseo por Altay Club procurando no dejarme ver demasiado. En una cuneta encontré un resto de pollo y un trozo de sándwich envuelto en un papel, eso fue mi comida... Luego me acosté en el cuchitril de los cubos de la basura de la Casa de Todos. Era un truco que conocía desde hacía mucho tiempo: el portero nunca cierra la puerta y, al fondo, la columna de aire que calienta los pisos desprende una suave brisa tibia. Acurrucado allí dormí hasta la madrugada.

»Esperé la llegada de los obreros que iban a despejar el sitio. Vinieron con caretas y el segundo día se organizaron mejor... En vez de bajar las bolsas una por una tapándose la nariz, lo tiraron todo por la ventana a un contenedor. Era más rápido. Estaba lleno de mujeres que miraban y sacudían la cabeza... Temía el momento en el que iban a desclavar los listones de la cocina. ¡lba a ser peor que lo del Visitante! Y fue entonces cuando me comporté con imprudencia al no quedarme bajo el camión como el día anterior. Avancé estúpidamente y unos chavales me vieron, daban vueltas a mi alrededor cantando: "Léon el asperosooo, Léon el asquerosooo", y al cabo de cinco minutos me habían tirado la primera bola de nieve



y a continuación una avalancha; el ambiente se calentaba, se calentaba: "¡Podrido!" "¡Asqueroso!" "¡Sarnoso!" "¡Hay que reventarlo!", gritaban aquellos niños... Yo no las tenía todas conmigo, porque el año pasado habían atrapado a otro viejo como yo, uno al que conocía un poco, Gustavo; entre varios lo arrastraron a un sótano y allí, van y le meten un bastón por el culo. Antes de metérselo lo habían mojado en la salsa del cuscús, que es roja, y daba pena ver al pobre Gustavo caminando por el pueblo de lado como un cangrejo.

»Yo apretaba las nalgas pensando en la salsa roja, pero todavía iba a ser peor. Las mujeres que miraban cómo descargaban las basuras también me vieron. Hicieron la señal de la cruz gritando: "¡Jesús, Jesús!", y la más vieja se puso a chillar: "¡Está maldito, está maldito, ha comido carne humana!" Los chavales, que no necesitaban otra cosa para animarse, empezaron a tirarme piedras. Corrí lo más aprisa que pude hacia la fábrica Citroën y ellos me seguían tirándome piedras. Conozco un sitio, cerca de la entrada, donde las rejas están rotas y, ¡hale!, desaparecí por el agujero, todavía me veían correr por el césped, pero la distancia era demasiado grande para las piedras...

»Pero la curiosidad me picaba por ver a los obreros con el congelador. Cuando se calmó el barullo y se marchó la gente volví a la ciudad. Con prudencia, con mucha prudencia, corrí de coche en coche abrigado contra los tubos de escape, escondido tras las ruedas para que no me vieran.

»Y los vi, eran dos, negros, muy fuertes y llevaban el congelador. Lo pusieron en una camioneta y discutieron porque no tenían órdenes. La mesa de camping y el congelador era lo único que quedaba de los muebles del Culpable, el resto lo había malvendido... Por fin decidieron llevarlo todo a Emaús, cerca de allí. Me colé yo también en la tienda del Emaús a esperarlos y el señor Emaús les dio las gracias, abrió el congelador, satisfecho y, ¡nada!; yo me quedé patitieso. O bien Gabelou ya había encontrado a la arpía y la había sacado sin que yo me diera cuenta o bien el Culpable la había colocado en otro sitio, pero eso me extrañaba porque me lo hubiera dicho. Cuando el señor Emaús se dio la vuelta subí al congelador. Vacío, níquel. Husmeé por todas partes. Nada de nada.

»Yo estaba un poco perdido, sin noticias del Culpable. ¿Quién habría tenido la delicadeza de avisarme en el caso de que se muriera?, pregunto. ¡Pandilla de salvajes!

»Vagaba por el pueblo, ¿adónde ir? Rebuscaba todas las noches en los cubos de basura de Altay-Club. Me crucé con Gabelou varias veces. Una vez me arrinconó contra una puerta, amenazador, y preguntó: "¿Éste es León?", a la inquilina del primero, que dijo que sí. "¿Era él el que iba a la carnicería?" "Sí —dijo la vieja—, con su cesta y el monedero dentro, era gracioso..."

»A mi edad... "gracioso", no, la verdad... Gabelou discutía conmigo cada vez que nos encontrábamos. Cuando estaba él yo salía de debajo de los coches y al cabo de algunos días, al ver cómo me trataban los chavales, me trincó para llevarme al Quai de los Orfebres. Testigo número uno, cómplice del asesinato y todo eso.



»Mi pobre corazón ya había llevado un buen susto cuando Emaús abrió el congelador. ¡Pero eso no fue nada en comparación con el momento en el que Irene, la veneno, la arpía, la puta, entró en el despacho del comisario!»

Gabelou conducía lentamente, la circulación se hacía más densa por la autopista a la entrada de París. A su alrededor, los conductores, malhumorados, aceleraban bruscamente, saliéndose de su carril según les daba la gana, tercamente, sin duda excitados por el flash de noticias de las 7,30 que anunciaba una nueva subida en el precio de los carburantes. Gabelou se volvió hacia Léon que ni se inmutaba con los bocinazos, los acelerones repentinos, los frenazos inesperados.

—Vamos a ver a tu compañero, Léon —dijo Gabelou—. ¿Estás contento?

Pero Léon escuchaba al comisario distraídamente. Estaba perdido en la espesa bruma de los recuerdos. Ya no sabía dónde estaba. ¿Viviría todavía el Culpable? Lo dudaba, desde hacía un tiempo no hacían más que contarle mentiras.

La arpía estaba muerta y mira por dónde acababa de aparecer, hacía dos días, más pimpante que nunca, con su ropa de luto, medias negras con costura, traje sastre ceñido, velo coquetón y sollozos de circunstancia... Gabelou quiso interrogarla en cuanto se descubrió el cuerpo del Visitante, pero había sido imposible: decían que estaba postrada, sumida en el dolor... Gabelou esperó, pues, antes de citarla.

Y si los cadáveres resucitaban, ¿por qué la Vieja, el Dependiente y el Chaval no iban a venir de visita, también ellos, al Quai de los Orfebres? No, Léon ya no entendía nada. Había creído que estaba muerta, la veneno, blandamente acurrucada en el congelador, encerrada en su estuche helado, inofensiva para siempre... Pero había aparecido con Gabelou, altanera como siempre y ella lo vio, arrellanado en el sillón, tapado con una manta de cuadros. ¿Se le habría pasado por la cabeza en algún momento dirigirle una palabra amable?

—Vaya, ¿está ése ahí?— es todo lo que se le ocurrió decir, mirando de arriba abajo al pobre viejo, desde su desprecio, en aquel momento incrementado por los centímetros del pedestal de sus altos tacones.

—Sí... —había replicado Gabelou—. Lo recogí, ¡qué le vamos a hacer, uno se enternece...!

Irene frunció los labios en una mueca de disgusto, luego se sentó frente al comisario. Maquinalmente cogió una locomotora de la mesa sobre la que se veía el revoltijo rescatado de casa del Culpable. La sostuvo entre sus dedos delgados, de uñas pintadas con un esmalte púrpura directamente sacado del maletín «Juegue a la mujer fatal».



—Bien —dijo Gabelou—, me gustaría conocer sus impresiones. ¿Su marido era, en su opinión, capaz de matar a toda esa gente?

—Naturalmente —respondió—, era un auténtico maníaco bajo su aspecto de profesor amable. Además ya lo demostró asesinando a mi...

—¿Cuánto tiempo llevaba viviendo con él? —la interrumpió Gabelou.

—Pues... nueve meses, desde primeros de abril.

Gabelou asintió con la cabeza mientras que Léon se estiraba en la manta. Se volvió hacia la pared, incómodo por el espectáculo que ofrecía Irene.

—¿Luego, lo volvió a ver?

—No... Dejé de trabajar en el colegio. Pero mis antiguos compañeros me dijeron que parecía estar bien.

—¿No sospechaba nada de lo que estaba pasando en... el domicilio conyugal?

—En absoluto, seguía vistiendo de punta en blanco, con los pantalones bien planchados, y las camisas immaculadas. Sólo hablaba de sus trenes y del salón de Stuttgart al que quería ir por Semana Santa.

—Su relación con el inspector, ¿de cuándo databa?

Irene enrojeció bajo el velo. El rosa de sus mejillas resaltaba agradablemente sombreado por el tul. Con la punta de los dedos acercó un *kleenex* a sus narices temblorosas.

—Año y medio...

—Y, hmmm —farfulló Gabelou—, los demás: el vigilante del bar, el... jefe de estudios; en fin todo eso de lo que la acusa su marido en las cintas, ¿era verdad?

—¡No! —exclamó—. Se imaginaba cosas...

—¿Es cierto que usted le obligaba a que se presentara al examen de inspector?

—Claro que no, era él el que quería a toda costa. Yo le ayudaba a repasar, pero no avanzaba...

—Síí... y sospechaba precisamente que usted lo engañaba con el inspector.

—Sí, nos sorprendió. Estaba muy apenado...

Gabelou permaneció en silencio. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Entonces Irene prorrumpió en sollozos, esta vez absolutamente auténticos.

—¿Pero qué es lo que me está reprochando? —gritó—. Era un mediocre, un celoso, un mezquino. ¡No iba a arruinar mi vida mirando cómo ese miserable se arrullaba con sus trenes eléctricos!

—Cálmese, señora... —dijo Gabelou—. Nadie le reprocha nada, ¿por qué su... amante fue a visitar a su marido?

—Se lo pedí yo. Tenía que recoger algunas cosas y no me atreví a ir yo. Le pedí que pasara por su casa... Y ya ve, lo mató, lo mató...



Se había derrumbado, la cabeza apoyada contra el borde de la mesa, el cuerpo sacudido por espasmos.

En ese momento Léon se levantó y se puso a merodear alrededor de Irene. Gabelou le hizo un gesto para que se quedara quieto.

—¿Y a Léon lo quería usted en casa...? —preguntó con suavidad.

Irene se irguió y se volvió hacia el viejo que la estaba espiando con ojos turbios.

—No. ¿Pero lo miró usted bien? —sollozó Irene—. Ya bastaba con sus trenes para que se fuera a encaprichar con eso...

Léon, molesto, volvió a acurrucarse en la butaca. Tornó a su posición inicial, desdeñando a Gabelou y a la veneno, enfurruñado, arrebuñado en la manta.

—Bien —suspiró Gabelou—, volvamos al punto de partida. Usted lo abandona, se vuelve medio loco, se imagina que la ha asesinado para tener una explicación menos humillante para él mismo que su fuga a casa de su amante y, en su impotencia, mata a su rival en un arrebato de desesperación. Hasta ahí todo el mundo está de acuerdo. Pero, ¿los otros? ¿Se lo imagina o los mató de verdad?

—Eso no tiene ninguna importancia...

—Depende para quién. Mi pregunta era: ¿Le cree capaz de haber cometido todos esos asesinatos?

—No, porque no tenía valor para nada, y sí, porque el odio le volvió loco.

—Vaya, avanzamos. ¿Ha ido a verlo al hospital?

—No... —murmuró Irene—. No quiero verlo más, pero espero que viva. ¡Para que lo pague! Sí, los mató, estoy convencida, ¡es un sádico, un enfermo!

Se había encolerizado bruscamente, apartando el velo de su cara y, pálida como la muerte, dirigía su dedo acusador alternativamente hacia Gabelou y Léon.

Gabelou la vio desaparecer por la esquina del pasillo. Cerró la puerta y fue a dar una palmada amistosa en la espalda de Léon.

—Bueno, amigo —dijo—, empiezo a comprender...

Precisamente Léon acababa de renunciar a comprender...

Gabelou lanzó pestes contra los embotellamientos. Había entrado en París por la Puerta de Bagnole y la caravana de coches circulaba al paso en las cercanías de la plaza Gambetta. Eran las 8,15. La nieve seguía cayendo, pero con menos fuerza, casi se derretía al tocar el suelo. La calzada chorreaba un lodo negro que salpicaba a los peatones que caminaban por la acera cuando los coches aceleraban.

—Vamos, Léon —dijo Gabelou—, despierta. Estamos cerca. Tu compañero seguramente ya se habrá despertado. Esta noche roncaba como un bendito. Estará contento de verte...



Tardó todavía media hora en llegar al centro de París y diez minutos más para encontrar un sitio donde aparcar. Por fin bajó, con Léon pisándole los talones, resoplando para disimular su torpeza y gruñendo contra el barro en el que chapoteaba.

Gabelou se paró delante de la fachada del hospital. Le leyó la cartilla al viejo:

—Ni abrir la boca, ¿eh, Léon? No armes jaleo, porque si no me veré obligado a hacerte esperar aquí... ¿Entendido? Y si ves a una enfermera te escondes.

Léon asintió con la cabeza. Gabelou tomó el pasillo que conducía a la sala Cuzco. Algunos periodistas esperaban por si podían fotografiar a los asaltantes del Banco de París, hospitalizados desde la noche anterior.

Los dos centinelas armados con metralletas acababan de ser relevados. Gabelou enseñó la patita y leyó la cartilla a Léon por última vez antes de entrar en la sala.

Luego se dirigió a la parte cerrada en la que habían instalado al Culpable. Seguía durmiendo, rodeado de multitud de aparatos que registraban el menor movimiento de su cuerpo agotado. Los frascos a los que llegaban los tubos estaban en el suelo esperando su ración de pus. Una gran máquina, misteriosa, repleta de cuadros electrónicos, emitía un bip, bip monótono y dos agujas se agitaban cadenciosamente midiendo no se sabe qué tenue pulsación. Una tira de papel llena de curvas irregulares era expulsada por la máquina en una larga serpentina cuyos bucles se esparcían por el suelo.

Léon observaba todo aquello estupefacto. Sólo tenía ojos para el rostro cadavérico que emergía de las sábanas verdes, las sienes tapadas por un esparadrapo que sujetaba los tubos cuyos extremos se hundían en las narices.

El Culpable respiraba lentamente con un ruido ronco. León empezó a gemir.

—Chut... ¡O te echo fuera! —susurró Gabelou.

Pero Léon no escuchaba. Su queja era modulada, lacerante. Las protestas de Gabelou no sirvieron para nada. Frotó su mejilla contra la mano derecha del Culpable, estirado bajo las sábanas, flaco, con las venas en relieve.

Un enfermero oyó a Léon y se acercó sorprendido.

—Comisario, ¡esto está prohibido! —dijo.

Gabelou se encogió de hombros, farfulló que no tenía importancia. Luego, la máquina que escuchaba el ritmo de vida del Culpable se embolsó de repente. Las agujas enloquecieron, agitándose de manera desordenada, sin respetar la cadencia. El aparato eructó emitiendo un ronroneo sordo mientras que el orificio lateral escupía su cinta de papel con hipos cada vez más seguidos. El dibujo de las curvas se volvía loco, oscilando entre las montañas rusas y las llanuras más llanas. Léon cada vez gemía más fuerte.

El ronroneo atrajo a algunas batas blancas que llegaron corriendo. Empujaron a Gabelou y casi pisan a Léon. Las batas blancas se afanaban alrededor de la cama. La cama estaba ahora deshecha: el largo esqueleto del Culpable parecía servir de pasto a un enjambre de pálidos abejorros.



De repente la agitación se suspendió. Taparon con la sábana el rostro del Culpable. Un médico se volvió hacia Gabelou y abrió los brazos con fatalismo.

Entonces Léon aulló a la muerte. Sentado sobre su trasero, en la garganta un nudo provocado por su agudo lamento, los ojos cerrados, hacía llegar su grito siniestro hasta los pasillos. Gabelou intentó calmarlo en vano. Las batas blancas desenchufaron la máquina, arrancaron los perfusores, liberaron la nariz de los tubos que se alojaban en ella. Léon aullaba cada vez más fuerte. Gabelou trataba de sacarlo de allí, pero el viejo siempre conseguía soltarse volviendo a su posición cerca de la cama, fiel, como si hubiera querido que el Culpable escuchara su canto de dolor que era su último grito de amor.

Un auxiliar llegó a la sala empujando ante él un gran carro que se parecía como una gota a otra gota a los coches de niño. Una pesada capota negra se desplegaba encima del lecho. Un enfermo ayudó en la maniobra y el cuerpo del Culpable fue izado al coche, flojo, los brazos caídos, la cabeza colgando hacia atrás. El carro desapareció. Gabelou tuvo que agarrar con fuerza a Léon, que arañaba el suelo, para impedirle que lo siguiera.

—Léon, hombre, cálmate, no sirve de nada ponerse así... —murmuró Gabelou—. Vamos, venga, no podemos quedarnos aquí, es un hospital, no tenemos derecho, te digo que vengas.

Tuvo que llevarlo hasta afuera. Léon se abandonó a los brazos del comisario, sin por ello callar su aullido. Toda la gente se volvía a mirar la extraña pareja. Afuera, la nieve había dejado de caer, el cielo tenía un color gris sucio. Gabelou dejó a Léon en la acera. Por fin se calló.

—Ya está, se acabó. ¿Sabes? Es mejor así, si no, lo habrían metido en chirona y de todas formas no lo hubieras vuelto a ver.

Léon, sentado en una postura incómoda, miraba a Gabelou sollozando. Un pequeño grupo de curiosos se había formado alrededor de ellos. Léon tirado en el suelo, Gabelou agachado frente a él...

—No se queden ahí —dijo Gabelou a los curiosos—. ¡Circulen, circulen, venga, fuera!

Pero la gente no se iba. Léon los miraba sin comprender por qué ese repentino interés por él, tan incongruente, tan inesperado después de una vida llena de patadas en el culo.

Y bruscamente se levantó para largarse entre las piernas de los presentes.

—Léon, ¡no hagas estupideces! —gritó Gabelou como si lo hubiera comprendido.

Léon trotaba hacia la calzada, vientre a tierra, exigiendo un último esfuerzo a sus extenuados músculos.

—¡Léon! —gritó de nuevo Gabelou—. ¡Ven aquí!

Cerró los ojos, jamás hubiera creído que eso fuera posible. Recogió el pequeño cuerpo muerto de la carretera. El conductor del camión no se había dado cuenta de nada.



Léon respiraba todavía. Su enorme nariz estaba ardiendo. Llevándolo en brazos, Gabelou se alejó del círculo de curiosos que ya se dispersaban, decepcionados por ese brusco final...

La rueda había aplastado la columna vertebral del viejo, cuyo trasero colgaba lamentablemente, formando un ángulo paradójico con el tórax.

Gabelou, desesperado, acariciaba su pelo casi al rape, con calvas en numerosos lugares. En el cuello sus dedos encontraron garrapatas.

—Léon —murmuró—, ¿por qué has hecho esto? Te habría llevado a mi casa en Ventoux, es más bonito que Altay. Ya verás, beberemos los dos vino tinto...

Los ojos de Léon se arrugaron. Una lágrima perló sus párpados. Gabelou la enjugó con su torpe dedazo. Sus patas se agitaron en un espasmo y una garra se enganchó en el jersey de Gabelou, que estrechó, por última vez, el cuello de piel apolillada por no se sabe qué parásito; la cabeza se balanceaba inerte en su mano...

Así se termina nuestra historia.

Nadie se casó, nadie tuvo muchos hijos.

El sapo siguió siendo sapo, ya que ninguna doncella se prestó a darle un beso a pesar de los numerosos anuncios publicados en las revistas especializadas.

Pulgarcito, perdido en la jungla de las ciudades, llegó a ser capataz en Citroën.

Los siete enanitos acabaron sus vidas en un centro geriátrico.

El patito nunca se convirtió en cisne: regresó a su país con el millón para los emigrantes.

El Gato con Botas fue recogido por los laceros de un laboratorio farmacéutico y se le hizo la vivisección...

Todo se va a la mierda.

Pero en su retiro, allí en Ventoux, Gabelou cuenta una extraña historia: cuando subía por la calle con el cadáver de Léon en brazos, en las tiendas de animales que se suceden una al lado de otra a lo largo del Quai de la Mégisserie, contiguo al de los Orfebres, mil perros, desde sus jaulas, frente a sus escudillas llenas de una papilla insípida, mil perros, aullaron a la muerte en homenaje a Léon...



Naturalmente chochea.

Fin